VÍCTOR HUGO

CLAUDIO FROLLO

O

Nuestra Señora de París

Drama en ocho actos

MADRID

Sociedad de Autores Españoles
1913

Claudio Frollo o Nuestra Señora de París

CLAUDIO FROLLO

O

NUESTRA SEÑORA DE PARIS

DRAMA EN OCHO ACTOS

Arreglado a la escena española por

EMILIO BOIX SERRA

Estrenado en la noche del 7 Octubre de 1911 en el Teatro Apolo, de Barcelona



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GUDULA	Sra. Puchol
ESMERALDA	» Rodríguez
MAHIELA	» Gassó
GERVASIA	» Alcalá
ARSONISPA	» Plasencia
UNA HAMPONA	» Anzorena
LUIS XI	Sr. Viñals
CLAUDIO FROLLO	» Rojas
CUASIMODO	» Perelló
FEBO DE CHATEAUPERS	» Portes (E.)
TRISTAN L'HERMITE	» Sierra
CLOPIN	» Carnicero
MATÍAS UNGADI	» Gimbernat
PEDRO GRINGOIRE	» Sánchiz
SANTIAGO COPENOLE	» Guilemany
JUAN FROLLO	» Delor
JACOBO COCTSER	» Gimbernat
MIGUEL NOIRET	» Casanovas
MAESE FALOURDEL	» Guillemany
MAESE GOLLARD	» Viñals
BELLEVIGNE	» Baduell
LONGUEJONE	» Crespo
ARQUERO	» Casanovas

El verdugo, sus ayudantes, pueblo, arqueros, guardias suizos, frailes bernardinos, sacerdotes, estudiantes, hampones, etc.

ÉPOCA LUIS XI.—LA ESCENA EN PARÍS



ACTO PRIMERO

La plaza de la Grève. Al fondo la picota, al lado del célebre patíbulo de piedra, del que sólo se ve la parte superior, pues la oculta a la vista del espectador el cuerpo saliente de un edificio, del que debe verse parte del interior, cerrado por una reja. Dicho interior es una celda, o, mejor dicho, la sepultura de un vivo, y debe caer casi al centro del escenario. Sobre el portalón cerrado por la mencionada reja un retablo de la Virgen, ante el que brilla la luz de una lámpara. La parte que se divisa del patíbulo de piedra es el travesaño de la horca, del que, en el último acto, penderá la cuerda fatal. En primer término, la muestra de una taberna con esta inscripción: «Taberna de Lucas Gollard.» Es de noche. La luz de las fogatas ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

(Gudula en su celda, dormida sobre un lecho de paja y con una piedra por almohada. Ciudadanos de todas condiciones cruzan la escena. Gringoire, formando grupo con dos hombres del pueblo. Tristán y Noiret, sentados junto a una mesa frente a la taberna. Maese Gollard les sirve. Bellevigne y Longuejone, pordioseando. Luego Juan Frollo y Copenole.

LONG. (Sentado sobre sus piernas, como acostumbran los pordioseros tullidos.) La buona mancia signor... La buona mancia.

BELL. (Con un cartelón en el pecho con la palabra: Ciego.) Charitatem: Facitote Charitatem...

MIGUEL Bien se divierte la noble ciudad de París.

TRISTAN Esta es la mejor manera de corresponder a la alta consideración que guarda con ella

nuestro rey y señor Luis onceno, honrando así a los embajadores flamencos.

MIGUEL Ni una entrada triunfal del rey sería tan festejada como lo es la llegada a París de esos mercaderes. Yo, pregonero jurado, estoy harto de pregonar las fiestas en su loor.

TRISTAN Considerad que estos mercaderes, como los llamáis, son los embajadores que vienen a ultimar con el rey lo concerniente al casamiento del Delfín con Margarita de Flandes.

MIGUEL Por lo visto sois partidario de esa boda.

TRISTAN ¡Ya lo creo! Sólo por llevar la contraria al cardenal de Borbón. (Aparecen Copenole y Juan Frollo.)

LONG. ¡La buona mancia, signor! La buona mancia.

JUAN ¡Lárgate de ahí, tunante!

SANTIAGO (A Juan.) ¡Calma, amigo mío! (A Longuejone.) Y tú, toma para un vaso de vino. (Le da una moneda. A Juan.) Decíais...

JUAN Que si os place podríamos descansar aquí.

SANTIAGO ¡Como queráis! Cierto que no se goza de buena perspectiva... Aquí la picota...

JUAN Y allá la horca. Nada tiene de halagüeño todo eso.

SANTIAGO ¡Mal sitio escogéis, señor estudiante! y perdonad que os llame así, pero como ignoro...

JUAN Llamadme Juan Frollo.

SANTIAGO ¡Juan Frollo! ¿Sois pariente acaso de Dom Claudio Frollo, el arcediano de Josas?

JUAN Somos hermanos; pero de carácter diametralmente opuesto. El, con toda su filosofía, se ha convertido en sabio, mientras que yo, sin un ápice de ciencia, me convierto en filósofo... Pero venid, maese Copenole. (Se dirigen a la taberna.)

TRISTAN (Levantándose al oir el nombre.) ¡Maese Copenole!

SANTIAGO ¡Qué es esto señores! ¿Por qué os levantáis al oir mi nombre?

TRISTAN ¡Perdonad, señor! Pero vos representáis a la ciudad de Gante. ¡Sois uno de sus embajadores!

SANTIAGO ¡Cierto que sí! Pero malditos los gajes que eso me reporta.

TRISTAN ¡Monseñor!...

SANTIAGO ¿Monseñor? ¡Bah! Sentémonos y llamadme a secas por mi nombre, que él sólo honra mi casa. Santiago Copenole, calcetero en Gante, calle mayor, tienda, la cual tiene tres cadenillas por muestra a fin de que no la confundan con la que hay enfrente.

MIGUEL ¿Y qué os parecen las fiestas con que os agasaja París?

SANTIAGO ¡De todo ha habido! En cuanto a la representación en la sala mayor del Palacio de Justicia del *misterio* titulado: *El buen juicio de la Virgen*, os diré que el juicio de tan Egregia Señora, es cosa que no está en el misterio; lo dejó en el tintero el talento del autor.

JUAN El autor, Pedro Gringoire, es un poeta de porvenir.

SANTIAGO No lo dudo; pero sé cual es el porvenir de los poetas.

JUAN Hablad bajo, maese, pues cerca anda el autor con dos de los actores.

SANTIAGO ¡Lo reconozco! Los que representaron a Baco y a Neptuno. (Siguen hablando bajo.)

PEDRO (A sus dos acompañantes.) Sí, mis olímpicos amigos. Es necesario hacer acopio de paciencia para medrar en este pícaro mundo. Por mi parte, prometo pagaros en cuanto cobre —que no cobraré por supuesto.— Todo mi caudal, el caudal de un poeta, de un hermano de las musas, es un miserable sueldo del que daremos cuenta remojando el gaznate. ¡Eh, maese Gollard! (Llamándole. Aparece Gollard. A los de la mesa.) Dios os guarde, señores. (A Gollard.) ¡Ah maese! Qué honor para vuestro estableci-

miento! Las divinidades han descendido del Olimpo para gastarse un sueldo alegremente, sueldo que cobraréis vos a nombre de dos vasos de buen vino o cosa que lo parezca.

MAESE ¿Y vos, no queréis?...

PEDRO Yo no bebo sino después de comer, y hace mucho tiempo que no he *bebido*. Tomad vuestro sueldo, maese, pago por adelantado. (Los que le acompañan entran en la taberna y salen al poco tiempo.) ¡Ah! Perdonad, maese Copenole. No había reparado en vos.

SANTIAGO ¡Cómo! ¡Sabéis mi nombre!

PEDRO Sois uno de los embajadores flamencos, y oí anunciaros al entrar en la Sala Mayor durante la representación del *Misterio*.

SANTIAGO Del que parece sois vos el autor.

PEDRO ¡Precisamente el autor, no! Somos dos los autores .. Yo, que compuse los versos, y maese Marchant, que construyó el escenario

MIGUEL ¿Y estáis satisfecho de vuestra obra?

PEDRO Regular... Regular... Me disgustó el final.

MIGUEL ¿Pues cómo acaba?

PEDRO Como acabó debierais decir... De un modo trágico .. No quedó ni un espectador.

JUAN ¿Vivo?

PEDRO ¡Cá! ¡Ni vivo ni muerto! Habían abandonado todos la sala a la mitad de la representación... Por eso digo que no se me paga el *Misterio*.... Y es una lástima, porque ¿qué voy a hacer? Ni sé donde cenar esta noche, ni puedo volver a mi alojamiento, pues no me abrirían la puerta.

SANTIAGO ¡Triste cosa es! Pero en cuanto a cenar, cenaréis... El tabernero se encargará de eso; yo pago la cena.

PEDRO ¿Vos la pagáis? ¡Oh, bondadoso señor! ¡Ya lo oís, maese Gollard! El señor honra en mí vuestro establecimiento... Honradle vos como se merece... ¡Vuestro humilde servidor, señores! Entrad sin cumplidos, maese Gollard. (Vase.)

ESCENA II

Los mismos menos Gringoire. Luego GERVASIA y MAHIETA

JUAN ¡Buena alhaja está maese Gringoire!

SANTIAGO ¡Qué le vamos a hacer! Es obra meritoria dar de comer al hambriento.

GERVA. (Que sale con Mahieta y se dirige a la puerta de la taberna.) ¡Maese Gollard! ¡Maese Gollard!

TRISTÁN ¡Pero reparad qué linda parroquiana tiene maese!

JUAN ¡Soberbia moza!

GERVA. ¡Maese Gollard!

MAESE (Dentro.) ¡Allá voy, hermosa!

TRISTÁN ¿Queréis acompañarnos, bella niña?

GERVA. ¡Gracias, seor soldado, muchas gracias!

MAESE (Saliendo.) ¡Ah! ¿Eres tú, Gervasia?

GERVA. Sí, maese; yo, acompañada de mi tía Mahieta, la de Reims, que hoy ha llegado a París.

MAESE ¿Y qué se te ofrece?

GERVA. Como sabéis, todos los días llevo mi óbolo de pan y agua a la infeliz reclusa; pero hoy, por ser día de fiesta, es justo regalarla. Le traigo una torta de maíz, y vos le llenaréis ese jarrito de hipocrás.

MAESE Con mil amores. (Entra en su casa.)

MAHIET. (Observando a Gudula.) Mira, Gervasia... La pobrecilla duerme.

GERVA. ¡No es extraño! Ayer estaba tan aterida de frío, que la creí enferma.

MAHIET. ¡Pobre mujer!

GERVA. ¡Es una santa!

SANTIAGO (Que se fija en la celda de Gudula.) ¡Pues es verdad! ¡No es sólo la picota y la horca lo que adorna la plaza! ¡Esto es una sepultura de vivos!

TRISTÁN Este es el legado de la señorita Rolland.

SANTIAGO ¡Soberbio legado!

JUAN Y espléndido al mismo tiempo.

TRISTÁN Dicha señorita mandó abrir en las murallas

del que fué su castillo esa covacha para encerrarse en ella por toda su vida, alimentándse con el pan y el agua que los transeuntes depositan por caridad al pie de su reja.

SANTIAGO Grandes serían sus culpas para tanta expiación.

GERVA. ¡No digáis eso! La infeliz se encerró en esta celda para rogar a Dios por su padre, que murió impenitente. De esto hace ya muchos años, y cuando la pobre falleció, en olor de santidad, legó esta celda a todas las que quisieren llorar en ella sus culpas.

JUAN O las ajenas.

GERVA. No hagáis escarnio de esas cosas, seor estudiante.

JUAN ¿Yo? ¡Al contrario!

SANTIAGO ¿Y quién es, al fin, esa criatura enterrada ahí en vida?

TRISTÁN Sólo se la conoce por la hermana Gudula... Nada más se sabe de ella... Se ignora quien es, y de donde vino, por lo que soy de vuestro parecer, maese: a grandes pecados, grandes penitencias.

GERVA. ¡Por Dios, no blasfeméis!... Gudula morirá también en olor de santidad, o si no, al tiempo. Pero ya vuelve maese Gollard.

MAESE (Saliendo con el jarrito lleno.) Aquí tenéis lleno vuestro jarrito.

GERVA. ¡Gracias, maese! ¿Cuánto os debo?

MAESE ¡Nada, amiguita! Yo también practico la caridad.

GERVA. ¡Sois muy bondadoso!

MAESE ¡No tanto como tú! La pobre reclusa tiene mucho que agradecerte.

GERVA. Todo sea por Dios.

MAESE Ve, Gervasia, ve: concluye tu obra.

GERVA. Con vuestro permiso. (Va a la celda.) ¡Hermana! ¡Hermana Gudula!

MAHIET. No despierta.

GERVA. Creo que sí; mirad.

GUD. (Incorporándose en su lecho.) ¿Quién me llama? ¡Ah, qué frío tengo!

GERVA. ¡Soy yo, hermana! Soy Gervasia.

GUD. ¡Ah! ¡Vos! ¡Mi ángel bueno!

GERVA. Hoy traemos con que regalaros.

GUD. ¡Regalar mi cuerpo! ¡Ah, no! ¡Eso jamás!

GERVA. ¿Y por qué no, hermana?... ¿Por qué tanta abstinencia?

GUD. ¡Dios lo quiere así!... ¡Dios!

GERVA. ¡No! El no puede quererlo. ¡Vaya! Tomad esta torta de maiz.

GUD. ¿Una torta? ¡No! ¡Pan! ¡Pan negro solamente!

GERVA. Y, además, os traigo un jarrito lleno de hipocrás.

GUD. ¿Hipocrás? ¡No! ¡Agua! ¡Agua tan sólo!

GERVA. Y mi tía Mahieta os trae ropas con que abrigaros.

GUD. ¡No! ¡Un saco! Un saco miserable.

GERVA. ¡Hermana! Por Dios...

GUD. ¡Llevaos todo eso! Alejad de mí la tentación.

GERVA. Sobrada mortificación es ya la vuestra.

GUD. ¡Yo no quiero la torta! ¡Yo no quiero hipocrás!

GERVA. Dádselo a los pobres, pues... Mañana volveré con vuestro pan de cada día.

GUD. ¡Sí! ¡Dios os guarde!

GERVA. ¡Y a vos no os desampare! Vamos, tía Mahieta.

MAHIET. (Que se quedó apartada.) ¡Oh! Esta mujer...

GERVA. ¿Qué?

MAHIET. No sé qué recuerdos despierta en mí... No es ésta la primera vez que veo su semblante... Deja que recuerde, deja...

GUD. ¡Perdonadme, Señor! Hoy es día de fiestas en París, y los que gozan se olvidan fácilmente de los que sufren!... ¡En todo el día no he llevado a mi boca ni un pedazo de pan... ¡Perdón, perdón, Señor! (Toma la torta, y al mismo tiempo se oye dentro el canto de Esmeralda. Gudula arroja la torta exclamando: ¡Ah!

¡Es la gitana! ¡Maldición sobre ella! ¡Piedad! ¡Piedad de mí, Señor! ¡Piedad! (Cae presa de una conmoción nerviosa. Los que había en la plaza van desapareciendo a la voz de:)

VARIOS ¡La Esmeralda! ¡La Esmeralda!

CANTO DE ESMERALDA

(De la ópera «Quasimodo»)

ESMER. Era el padre mío una ave
y mi madre una avecilla
y quisieron sin barquilla
pasar el mar.
Nunca más en la pradera
se les ha visto volar...
¿En qué monte, en qué ribera
podránse hallar?

MAHIET. (Al ver caer a Gudula.) ¡Cielos! Se desmayó la pobre.

GERVA. ¡Y no poder socorrerla! ¡Maese Gollard!

MAESE ¿Qué quieres?

GERVA. La hermana Gudula se ha desvanecido.

SANTIAGO Es verdad.

MAESE Como que ha oído el canto de la gitana...

GERVA. ¡El canto de la gitana!

MAESE Sí, de la Esmeralda. Eso le ocurre con frecuencia. La hermana Gudula es una santa, y la gitana lleva consigo el diablo.

MAHIET. ¡Jesús, el diablo!

MAESE Sí. La acompaña en forma de cabra con sus cuernos dorados.

TRISTÁN ¿Pero no puede hacerse nada por la pobre hermana?

MAESE ¿Cómo pasar la reja que la guarda?

GERVA. ¡Desventurada!

TRISTÁN ¿Y no hay medio de penetrar en su celda?

MAESE La llave que abre esta reja está en Nuestra Señora, y sólo se usa de ella una vez al

mes para dar paso al confesor. Por fortuna, estos vahídos le pasan pronto. Puedes irte confiada, Gervasia, que en caso extremo, yo sé lo que debe hacerse.

GERVA. ¡Infeliz!

MAHIET. (Misteriosa mujer.)

GERVA. Vamos, pues, tía Mahieta. Adiós, señores. (Vanse.)

ESCENA III

Dichos menos Gervasia y Mahieta. Luego aparecen CLAUDIO FROLLO y CUASIMODO

SANTIAGO ¡Por Dios, maese Gollard! ¿Habéis dicho que acompaña Satanás a esa gitanilla?

MAESE ¡Vaya si lo digo!

SANTIAGO Pues yo no creo en el demonio. (Ha aparecido por el foro Claudio Frollo, embozado en una capa negra, acompañado de Cuasimodo. Este personaje es de rostro horrible, tuerto, patizambo y jorobado.)

MAESE Pues lo peor del caso es que al oirse el canto suele aparecerse otro diablo. Si no, fijaos en el fantasma negro, que ha surgido como siempre del pie de la horca, y reparad en quien le acompaña.

JUAN (¡Cuasimodo! ¡Sin duda el de la capa es mi hermano!)

TRISTÁN ¡Pero si el acompañante es el campanero de Nuestra Señora!

MAESE Que también tiene algo de maléfico, o si no, fijaos en su rostro.

TRISTÁN ¡En efecto! Su cara es la de un monstruo, pero...

MAESE Pues para cercioraros mejor, la cabrita, el demonio que lleva consigo siempre la gitana,, estará luciendo ahora sus habilidades. Id allá, y opinaréis como yo.

SANTIAGO ¡Pues allá voy! Me acompañaréis, seor estudiante.

JUAN ¡Claro que sí! ¡Vamos allá! Así, al volver a Gante podréis contar a vuestros parroquianos que en París visteis los cuernos al diablo.

SANTIAGO ¡Que me place! ¡A vuestras órdenes, seor teniente! Vuestra mano, maese pregonero. ¡No me olvidéis! Gante, calle Mayor, tres cadenillas por muestra. Esta moneda para vos, maese Gollard. Vamos, amigo Frollo... Adiós, señores. (Vanse.)

ESCENA IV

Dichos, menos Juan Frollo y Santiago Copenole

TRISTÁN ¡Buena la hicisteis! Maese Copenolé creyó a pies juntillas eso de que el diablo...

MAESE Pues creyó la verdad. La cabrita lo es sin duda. Juzgad si no. Yo ya soy viejo y no creía tener sucesión; verdad que mi mujer es joven y todavía... Pues bien: la gitana, con ayuda de la cabra, le predijo que tendría un hijo.

MIGUEL Y lo tuvo realmente.

MAESE ¡Ya lo creo! Al cabo de cuatro meses.

TRISTÁN ¿Eh?

MAESE Y lo singular del caso es que hasta yo ignoraba que mi mujer estuviese en cinta... ¡Ved si en todo eso no anduvo mezclado Satanás!

MIGUEL (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Sin duda!

TRISTÁN (Idem.) Efectivamente.

MAESE ¡No os riáis, señores! Todavía puedo deciros más.

TRISTÁN ¡Continuad, continuad!

MAESE ¿Qué diríais de una cabra que supiese leer?

TRISTÁN ¿Que supiese leer? ¿Es que también habla la cabrita?

MAESE No habla, pero compone nombres con las piezas de un abecedario que trae consigo la gitana.

MIGUEL ¿Y qué nombres son esos?
MAESE Son varios; pero el que compone más a menudo es «Febo».
MIGUEL ¿Febo? ¡Qué nombre más raro!
TRISTAN ¡No tanto! Ese es el nombre que daban al sol los antiguos.
MAESE Y que los modernos damos a cierto capitán de arqueros.
TRISTÁN ¿Aludís, sin duda, al capitán Febo de Chateaupers?
MAESE Efectivamente, ya que ese capitán bebe los vientos por la gitana.
TRISTÁN ¡Mentís!
MAESE ¡Como que miento! El canto de la egipcia ha llamado a los curiosos a formar su corro; pero también llamó al capitán a la cita.
TRISTAN ¡Mentís, repito!
MAESE ¡Bueno! Así será si mi teniente lo cree; pero el fantasma negro ha desaparecido, y ved si no es ahora el capitán el que aparece. (Febo ha aparecido por el foro al frente de una ronda de arqueros.)
TRISTÁN ¡No hay duda! ¡Él es! Maese Noiret, quiero exigir una explicación al capitán, y...
MIGUEL Estoy a vuestras órdenes, seor teniente, y para lo que queráis me encontraréis mañana en el Palacio de Justicia. (Vase.)
TRISTÁN ¡Allí estaré!
MAESE Cuando yo os lo decía...
TRISTÁN Cobraos, y despejad. (Vase Gollard.)

ESCENA V

FEBO de CHATEAUPERS, TRISTÁN L'HERMITE y la ronda

TRISTÁN ¡Capitán!
FEBO ¡Vos aquí, amigo mio!
TRISTÁN ¿Os extraña acaso mi presencia?
FEBO Algo me extraña, en verdad.
TRISTÁN Más debiera extrañarme a mí el hallaros en esas inmediaciones.

FEBO ¡No sé por qué! Estoy de servicio y voy de ronda.

TRISTÁN Así lo veo, pero no es por esta parte de París donde debíais prestar servicio.

FEBO ¡Esas palabras son casi un reproche!

TRISTÁN De ningún modo; pero vuestra presencia corrobora lo que de vos se murmura.

FEBO ¿Y qué es ello?

TRISTÁN Que no es el servicio del rey lo que aquí os conduce, sino el canto de cierta gitana.

FEBO ¿Y hacéis caso de eso?

TRISTÁN No lo haría si no mediara la circunstancia de que mañana a estas horas debéis ser el esposo de mi prima Flordelisa de Gondelerier, y no es muy halagüeño para ella que en la víspera de vuestra boda andéis en devaneos con esa hija del diablo.

FEBO ¡Esa hija del diablo, como la llamáis, es un ángel, caballero!

TRISTÁN Será, como su padre Satán, un ángel caído.

FEBO Pues bien, esa gitana, ese ángel caído, es mi amor.

TRISTÁN Reparad que vuestras palabras son una ofensa inferida a mi prima, de la que debo pediros cuenta como caballero.

FEBO Esa ofensa es sólo imaginaria.

TRISTÁN ¡Imaginaria!

FEBO ¡Sí, amigo mio! Si esa mujer, aunque de humilde cuna, no perteneciera a una raza maldita, yo la haría mi esposa, pero se oponen a ello mi Dios, mi rey y mi honor, pues fuera un sacrilegio. Yo no ultrajaré a Flordelisa, siendo mi esposa, con el recuerdo de esa mujer, que, ya que es preciso, sabré alejarlo de mí.

TRISTÁN Permitid que lo dude, ya que, a ser firme vuestro propósito no os hallaríais ahora aquí.

FEBO ¡Vos no sabéis aún a lo que aquí vine. No sabéis que hace ya días lucho conmigo mismo para decir a esa desdichada que nuestro amor debe tener fin, y no he teni-

do valor para decirle: «¡Esmeralda! ¡el que tu creíste un caballero, es un miserable! Olvídame como yo debo olvidarte...» ¡Ah! ¡No! Jamás podré decírselo.

TRISTÁN No se lo digáis, pero juradme por vuestro honor que haréis por no verla más.

FEBO ¡Esto es sólo lo que puedo ofreceros! ¡No verla!

TRISTÁN ¿Me empeñáis, pues, vuestra palabra?

FEBO Sí, en cuanto de mí dependa.

TRISTÁN ¡Ahora os reconozco! ¡Esta es mi mano!

FEBO (¡Pobre Esmeralda!) Hasta mañana, Tristán.

TRISTÁN Hasta mañana.

FEBO (A los arqueros.) Siga la ronda. (Vanse.)

TRISTÁN ¡Conseguí mi intento! Mucho necesita el capitán poseer los bienes de Flordelisa, pero para los Gondeleriers es más preciado don la nobleza de los Chateaupers. (Voces dentro.) ¡Ese rumor!... ¡Ah! ¡La gitana! Maldita... (Vase.)

ESCENA VI

GUDULA en su celda, ESMERALDA, BELLEVIGNE, LONGUEJONE y pueblo.

ESMER. (Que sale con su cabrita y dirigiéndose a la multitud.) Gracias, amigos míos, gracias. ¡Es tarde ya! Mañana os sorprenderán nuevas habilidades de Djalí. (Acariciando a la cabrita.) Ven, Djalí, ven, pobrecita, descansa.

LONG. (A los transeuntes.) La buona mancia, signor, la buona mancia.

BELL. ¡Facitote charitatem! ¡Facitote charitatem! (Va desapareciendo la multitud y con ella los mendigos.)

ESCENA VII

GUDULA, CLAUDIO, FROLLO y ESMERALDA

ESMER. ¡Cuánto tarda hoy! ¿Vendrá, Dios mío? «Espérame», me dijo. ¡Siempre esperar!.. ¡Esperar! ¡Qué largos son los días! Nacida entre tinieblas, me causa horror la luz. La noche es el día para mi amor.

CLAUDIO (Apareciendo.) (¡Sola al fin! ¡Esta es la ocasión!) ¡Esmeralda!

ESMER. ¡Ah! ¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí?

CLAUDIO (Bajando el embozo.) Mírame.

ESMER. ¡Ah! ¡Vos! ¡Siempre vos!

CLAUDIO ¡Oyeme! Nada debes temer de mí, y es forzoso que te hable.

ESMER. No quiero escucharos. Apartad.

CLAUDIO Días ha que sigo tus pasos inútilmente, pues siempre se interponía entre los dos ese aborrecido capitán... Hoy no está contigo, la ocasión es propicia y he de aprovecharla.

ESMER. Apartad, o gritaré.

CLAUDIO Grita si quieres; pero sábelo antes. ¡Yo te amo, Esmeralda!

ESMER. ¡Oh! ¡Callad!

CLAUDIO ¡Oyeme hasta el fin!... No sabes con lo que te brinda mi amor... No son solamente honores y riquezas, sino mucho más... ¡El trono del Universo!

ESMER. ¡Deliráis! ¡Dejadme, repito!

CLAUDIO ¡No! ¡No deliro! ¡Ser el rey del mundo! ¡He aquí lo que ambiciono para postrarme ante ti! ¡Sí, Esmeralda! Pronto en mi crisol veré lucir el oro... ¡Ah! Entonces nada será el poderío de los reyes comparado al mío. ¡Y todo por ti! ¡Para ti!

ESMER. ¡Por favor! ¡Alejaos! Podrían vernos.

CLAUDIO ¿Y qué me importa? Sólo quiero ser dueño de tu amor, y lo seré.

ESMER. Si mi Febo acudiese...

CLAUDIO ¡Tu Febo! ¡Desdichada! ¡En vano le espe-

ras!... Febo no vendrá a la cita... Mañana, en nuestra Señora, será el esposo de Flordelisa de Gondelerier.

ESMER. ¡Oh! ¡Mentís! ¡Mentís!

CLAUDIO ¡Insensata! Fiaste demasiado en sus promesas... Si quieres cerciórarte de la verdad de mis palabras, mañana, al terminar las horas de Sexta, acude al atrio de la catedral.

ESMER. No acudiré.

CLAUDIO ¡Acudirás, sí! ¡Lo quiero! Viéndole infiel, juzgarás de mi amor.

ESMER. Siempre he de aborreceros.

CLAUDIO ¡Aborrecerme tú!... ¡Ah! ¡Mía has de ser! (Intenta sujetarla; pero ella saca de su seno un puñal y exclama, amenazadora.)

ESMER. ¡Atrás!

CLAUDIO ¡Oh!

ESMER. Dad un paso hacia mí y me veréis caer a vuestros pies.

CLAUDIO ¡Oh, no! ¡Esmeralda! ¡No!

ESMER. ¡Dejadme libre el paso!

CLAUDIO ¿Libre?... ¡Ah! (Súbitamente le coge el brazo armado en el momento que aparece una segunda ronda en dirección opuesta a la capitaneada por Febo.) ¡La ronda! ¡Maldición!

ESMER. ¡Marchaos! Aun es tiempo.

CLAUDIO Me alejo, pero....

ESMER. ¡Idos!

CLAUDIO ¡Me voy!... ¡Ah! Esperas a tu amante todavía... Yo volveré. (Vase.)

ESMER. ¡Me habéis salvado! ¡Gracias, Dios mío! (La ronda cruzó la escena sin haberse fijado en los dos interlocutores, que permanecieron en la sombra.)

ESCENA VIII

ESMERALDA y GUDULA, que ha vuelto de su desmayo.

ESMER. Febo no acude a la cita. ¿Será verdad lo que dijo ese hombre? ¡No! ¡No puede serlo!... Quiso aprovecharse de mi sorpresa...

Febo me ama... Yo no puedo dudarlo, pues su amor es mi vida... ¡Ah! ¿Qué sería entonces de mí? ¡Ah madre mía! ¡Inspírame! ¡Soy yo, tu hija desdichada que te implora!

GUD. (Incorporándose en su lecho.) ¡Ah! ¡Un sueño fué!... ¡Sí! ¡Un sueño! ¡Desvanecióse al fin! ¡Cuán bella la he visto!... ¡Cómo tendía sus manecitas hacia mí! ¡Pobre hija de mi alma!... ¡Ay!

ESMER. ¡Qué! Un hondo suspiro llegó hasta mí. ¡Ah! ¡De esa infeliz, sin duda! ¡De esa mujer que me odia sin haberle yo causado ningún mal!... Me aborrece, y, no obstante, no sé qué secreto impulso me atrae hacia ella... Si quisiera oirme... ¡Ah! ¡Vano será mi intento!

GUD. ¡Señor! Si mi expiación no es suficiente aún, inmensa es vuestra misericordia... Llamadme a vos... ¡Que vea pronto a la hija de mi amor!

ESMER. ¡Señora! (Presentándose a la vista de Gudula.)

GUD. ¡Eres tú! ¡Apártate de mí, hija de Egipto! ¡Raza espúrea, devoradora de niños! ¡Quítate de mi presencia! ¡Maldita seas mil veces!

ESMER. ¿Por qué me odiáis, señora?

GUD. ¿Por qué te odio? ¡Oh! ¡Te aborrezco y te aborreceré siempre! ¡Cuida de no ponerte al alcance de mi mano!

ESMER. Pero, ¿qué crimen he cometido para odiarme así?

GUD. Si tu no los cometiste, los cometieron los tuyos, ¡los de tu raza! ¡Y en ti me vengaría! ¡Con qué placer retorcería tu garganta hasta estrangularte!

ESMER. ¡Vuestro rencor es injusto! Decid lo que puedo hacer por vos, que del mal que los míos os causaron yo os indemnizaría haciéndoos un bien. Yo aceptaría con gusto la expiación.

GUD. ¡Desventurada! ¿Qué puedes hacer más que acrecentar mi odio con tus palabras?

ESMER. ¡Contadme vuestras penas! Deseo mitigarlas.

GUD. ¡Mitigarlas tú! ¡Oh! ¡No! ¡Eso no está en tu mano!

ESMER. ¡Quién sabe! ¡Probemos! Confiad en mí.... Hablad, señora, hablad.

GUD. ¿Quieres saber mis penas?... ¡Sí! Te las diré, para que veas cuán grande es el rencor que anima mi existencia.

ESMER. ¡Oh! Hablad, por compasión.

GUD. Era una mujer... ¡Una mujer que ha muerto!... Alegre como el sol... libre como los pájaros en el aire... hermosa como tú, pero no tan perversa.

ESMER. ¡Oh! Por lo que más améis...

GUD. ¡Por lo que más ame!... Yo amaba a esa mujer... ¡Era mi amiga!... ¡mi hermana!... Era como si fuese yo misma... Sus penas eran las mías... Esa mujer se llamaba Francisca la Chantefleurí.

ESMER. ¿La Chantefleurí, decís?

GUD. ¿Recuerdas ese nombre?

ESMER. ¿Yo?... Nó sé, pero no es esta la primera vez que suena en mis oidos.

GUD. ¡Esa mujer amó!... No como había amado hasta entonces... Dios santificó su último amor, y aquella mujer fué madre.

ESMER. Continuad.

GUD. ¡Qué niña tan hermosa la suya! Ahora tendría tu misma edad... Pues bien, ¡oye, hija de Egipto! Los tuyos, los de tu maldita raza, la arrebataron a su madre... ¡Sí, se la robaron para sacrificarla en un sábado execrable!

ESMER. ¡Oh! ¡Desdichada!

GUD. ¡Por eso te odio! Por eso abomino de todos los gitanos, porque aquella mujer, aquella Francisca la Chantefleurí...

ESMER. ¿Sois vos, acaso?

GUD. ¡No! La infeliz ha muerto! De ella sólo en

mí vive el recuerdo, nutrido con el odio y su venganza quizás, porque aquella mujer... (Transición, y, cayendo de hinojos ante un Crucifijo, comprendiendo que esta revelación quebranta sus votos, exclama:) ¡Ah! ¡Señor! ¡Piedad! ¡He revelado lo que no debía! Su poder maléfico ha sido la causa... ¡Perdón, Señor! No saldrá de mi boca una palabra más.

ESMER. ¡Señora! ¡Continuad! ¡Por la gloria de esa mujer! ¡Por la de su hija! ¡Proseguid! ¡Volved en vos! Pocas palabras no más, y vengaos, después en mí, clavando este puñal en mi corazón. (Cuasimodo, que ha salido poco antes con Claudio, acechando a Esmeralda, se apodera de ella, al tiempo que con la agitación se le escapa el puñal de la mano.) ¡Oh! ¡Socorro! ¡Favor!

CLAUDIO ¡Pronto!

ESMER. ¡Socorro!

ESCENA IX

Dichos, CLAUDIO FROLLO, CUASIMODO y PEDRO GRINGOIRE; luego FEBO DE CHATEAUPERS y la ronda

PEDRO (Saliendo de la taberna.) ¿Quién grita así? ¡Un rapto! ¡Favor! ¡La ronda! ¡Socorro!

CLAUDIO (Amenazándole con el puñal de Esmeralda que recogió del suelo.) ¡Un grito más, y mueres!

PEDRO ¡Piedad, señor! ¡No gritaré ya más, pero soltadme!

CLAUDIO (A Cuasimodo, rápido.) Llévala a tu celda, en Nuestra Señora, y espérame allí. (Vase Cuasimodo con Esmeralda en brazos.)

PEDRO ¡Soltadme, señor! ¡Nada diré!

CLAUDIO ¡Maldición! Tus gritos han avisado a la ronda.

PEDRO ¡Piedad, señor!

CLAUDIO ¡Sígueme! o ¡ay de ti! (Se ocultan. Vuelve Cuasimodo con Esmeralda, huyendo de una ronda, cuando se presenta por la parte opuesta la otra ronda, mandada por Febo.)

FEBO ¡Ah! ¡Un rapto! ¡Apoderaos de ese hombre!

ESMER. ¡Oh! ¡Mi Febo!

FEBO ¡Esmeralda! (Ella se refugia en sus brazos. A los arqueros.) ¡Conducid al raptor al Chatelet! (Una ronda se lleva preso a Cuasimodo.)

ESMER. ¡Gracias, señor! Me habéis librado de ese hombre.

FEBO Libre sois, amor mío.

ESMER. ¡Vuestro amor! ¡No! ¡Idos! Flordelisa os reclama.

FEBO ¿Flordelisa? ¡Ya no! Había jurado no veros más, pero el cielo nos junta otra vez. Ya no seré el esposo de Flordelisa.

ESMER. Dejadme. El porvenir os sonríe con ella, mientras que conmigo...

FEBO ¡Contigo me sonríe la dicha! Mañana, al terminar las horas de Sexta, debía celebrarse nuestra boda. Pues bien, en aquella hora te perteneceré para siempre.

ESMER. ¡Oh! ¡Mi noble capitán!

FEBO Te esperaré en la posada «La Manzana de Eva». No faltes, Esmeralda.

ESMER. No faltaré. (Vase.)

FEBO Ahora sigámosla. (Vase con la ronda.)

CLAU. (Reapareciendo.) Mañana, en la posada «La Manzana de Eva». Allí estaré también. (Se emboza y vase.)

ESCENA X

PEDRO GRINGOIRE, después LONGUEJONE, BELLEVIGNE y al fin los hampones

PEDRO ¿Quién será ese prójimo que tiene tan buenos puños? (Suena la Queda.) ¡La Queda! Y yo, con todo eso, sin saber donde pasar la noche.

LONG. (Con tono amenazador.) ¡La buona mancia, signor! ¡La buona mancia!

PEDRO ¡Qué idioma y qué manera de pedir a estas horas!

BELL. ¡Charitatem! ¡Facitote charitatem!

PEDRO ¡No es hora de pedir! ¡Ya sonó la Queda!

BELL. ¡Pues la Queda es la hora de los hampones! ¡Ea, amigos! ¡Ya pasó la ronda! (Aparecen los hampones, que se apoderan de Pedro Gringoire.)

PEDRO ¿Pero qué viene a ser todo eso?

LONG. Que nosotros también celebramos nuestras fiestas. (Después de ponerse en pie y sujetando a Pedro Gringoire.)

PEDRO ¿Y queréis, tal vez, invitarme a ellas?

LONG. Sí, y por remate te ahorcaremos.

PEDRO ¡Jesucristo!

BELL. ¡Anda! Adelante.

PEDRO ¿A dónde me lleváis?

LONG. A la Corte de los Milagros.

PEDRO ¡A la Corte de los Milagros!.. ¡Mea culpa! ¡Mea culpa! ¡Mea máxima culpa...! (Se lo llevan.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La Corte de los Milagros. Plaza limitada por casuchas viejas, sucias y ruinosas Un tonel para servir de trono a Clopin. Una hoguera casi apagada, alumbra o alumbraba la escena.

ESCENA PRIMERA

Varios truhanes, entre ellos MATÍAS UNGADI, esparcidos por la escena durmiendo. Llegan por el foro CLOPIN y JUAN FROLLO.

JUAN — ¿Llegamos por fin?

CLOPIN — Sí; ya estás en mis dominios, en la célebre Corte de los Milagros.

JUAN — ¡En efecto! Milagro es poder llegar hasta aquí.

CLOPIN — ¡Milagro mayor fuera salir! El que aquí pone los pies sin ser hampón, no escapa con vida.

JUAN — Entonces yo...

CLOPIN — ¡Desecha tu temor! Tú eres mi amigo, y a la corta o a la larga serás de los nuestros.

JUAN — ¡Quién sabe! Mas, a decir verdad, esto de convertirme en ladrón...

CLOPIN — ¡No todos los que aquí moran son ladrones! Yo no lo soy. Yo, como rey de esta Corte, pertenezco a la más alta aristocracia del vicio... ¡Yo no robo; yo asesino! ¡Otros roban por mí!

JUAN — Lo que siempre es una ventaja.

CLOPIN ¡Ya ves, siendo mi amigo, qué vida fuera aquí la tuya! Pero esos galopines no han dado cuenta de ese jarro de vino, lo que no deja de ser otro milagro. Acércate, y juzga por ti mismo de la manera que se pasa aquí la vida. (Llena dos vasos y ofrece uno a Juan, que lo apura de un trago.)

JUAN ¡Excelente licor!

CLOPIN Ya ves cuánto te pierdes en no ser de los nuestros.

JUAN ¡No me atrevo! ¿Qué diría mi hermano?

CLOPIN ¿Tu hermano, el arcediano de Josas, el que te tiraniza?

JUAN No me tiraniza, pero no me da dinero.

CLOPIN Si no te lo da es por tu culpa. ¡Cuántas veces te he dicho que, a querer tú, el arcediano nos resultaría a los dos un filón!

JUAN ¡Pues sí que quiero! Mi hermano no se preocupa de mí ni me quiere. De niño me acariciaba, pero desde que prohijó a ese maldito jorobado...

CLOPIN Pues eso es lo que tenemos que explotar.

JUAN ¡Explícate!

CLOPIN A su tiempo lo sabrás, pero no aquí. Algún oido indiscreto echaría a perder el negocio. Aunque éstos parece que están dormidos, sabe que en mi corte sólo se duerme de un ojo, y de las dos orejas, una está siempre de atalaya.

JUAN Pero...

CLOPIN Mañana al medio día me esperas en la plaza de la Grève. Maese Gollard tiene allí su taberna, y en ella sabrás todo lo concerniente a tu hermano... Y adiós, que ya es hora de que te vayas. Ahora más que nunca nuestra amistad debe ser un secreto para todos.

JUAN Pues siendo así... (Medio mutis.)

CLOPIN ¡Ja, ja, ja! ¿Crees salir de mi corte sin las debidas precauciones? No daría dos sueldos por tu pellejo entonces. ¡Eh, tú! (Despertando a Ungadi.)

MATÍAS ¿Es a mí? ¿Qué me queréis?

CLOPIN ¡Ah! ¡Perdonad! No os había conocido, duque.

JUAN (¡Un duque! ¡Esto es una corte realmente!)

CLOPIN ¡A ver, tú, Quebranta-huesos! ¡Pronto! ¡Levántate! (A otro truhán, que se levanta soñoliento.) ¡Ese es mi amigo! Guíale hasta la calle del Olivo. Si por tu descuido le pasa algo, te haré desollar vivo. Conque ya lo sabes. (A Juan.) No se te olvide: mañana...

JUAN En la plaza de la Grève. No me haré esperar. Vamos. (Vase con el hampón.)

ESCENA II

CLOPIN y MATÍAS UNGADI

CLOPIN Perdonad que os haya despertado, duque.

MATÍAS Al contrario, os estoy agradecido; me hubiera quedado aquí durmiendo hasta Dios sabe cuando y tal vez creyeran que era a efecto del vino.

CLOPIN Todos saben lo sobrio que sois y nadie se atrevería a suponer que el duque de Egipto...

MATÍAS Razón tendrían al creerlo... Pero fué poca cosa. Quedad con Dios.

CLOPIN ¡Aguardad! Todavía tengo algo que deciros.

MATÍAS Hablad sin rodeos.

CLOPIN Antes debo recordaros lo que previenen nuestras leyes, mejor dicho, nuestras costumbres, ya que para nosotros no existen leyes.

MATÍAS Siéndonos contrarias, no debieran existir.

CLOPIN Es costumbre en mi corte que nuestras mujeres sean sólo para nosotros; nunca para nuestros enemigos.

MATÍAS Y así debiera ser siempre.

CLOPIN Y nuestros enemigos son los arqueros, y

un capitán de esa tropa es el enemigo peor.

MATÍAS ¿Quién duda eso?

CLOPIN Lo olvida una mujer de tu raza... ¡Una egipcia!

MATÍAS ¡Merecería la muerte! ¿Su nombre?

CLOPIN ¡Esmeralda! Ama a Febo de Chateaupers y a él se ha entregado.

MATÍAS ¡No lo creáis, Clopin! ¿Ella ser de un cristiano? ¡Bah! Los odia, como los odiamos todos. Ha jurado, como yo mismo, su exterminio, y no será perjura.

CLOPIN ¡Lo dudé en un principio, pero ya no lo dudo! Ella no ha de negarlo, porque es evidente.

MATÍAS ¡Oh! Si así fuese, ella misma habría dictado su sentencia.

CLOPIN ¡Qué! ¿Osaríais acaso...?

MATÍAS Una hija de Egipto no vino al mundo para ser una concubina.

CLOPIN ¿No tenéis sobre ella potestad?

MATÍAS Sobre todos los egipcios.

CLOPIN ¡Pues, entonces, casadla!

MATÍAS ¡Casarla!

CLOPIN ¡La cosa es fácil! Además, ésta sería la manera de acabar vuestras contiendas con los de Galilea. El hijo del emperador está loco por ella.

MATÍAS Este príncipe no es de mi raza.

CLOPIN Ya lo sé, es un saltimbanqui; pero es un buen partido.

MATÍAS Repito que no es de mi raza.

CLOPIN Y ¿qué importa? Todos aquí somos unos menos yo, que soy el rey, y no ignoráis que el hampón es libre mientras haga lo que sea de mi agrado. Si Esmeralda no quiere ser del príncipe, que no lo sea; pero siendo de uno de los de mi corte...

MATÍAS ¡Clopin.. !

CLOPIN ¡Basta! Hasta más tarde, duque. (Vase.)

ESCENA III

MATIAS, luego ARSONISPA

MATÍAS ¡Esto no puede ser! ¡Ella perjura a la fe de Ondebel, nuestro Dios y padre..! ¡Oh! Si así fuese, mi maldición caería sobre su cabeza. (Llama a una casa del fondo.) ¡Esmeralda! ¡Esmeralda!

ARSO. (Apareciendo en el umbral.) ¿Llamabais, señor?

MATÍAS Sí, Arsonispa. Que venga Esmeralda.

ARSO. ¡Esmeralda...!

MATÍAS ¿Qué? ¿No está? ¿Qué ha sido de ella?

ARSO. No lo sé... Salió esta mañana, según costumbre...

MATÍAS ¿Y no ha vuelto aún?

ARSO. No, señor.

MATÍAS ¡Luego es cierto! ¿Conque no mintió o-pin...?

ARSO. Yo...

MATÍAS ¿A qué hora suele volver?

ARSO. Tarde; mas nunca tan tarde como hoy.

MATÍAS ¡Oh! ¡Yo sabré...!

ARSO. ¡Callad! Alguien ha pasado junto a la fogata de la calle del Obispo... He distinguido claramente a Djalí... No hay duda... Llega Esmeralda.

MATÍAS Vete, pues.

ARSO. Tened en cuenta que...

MATÍAS ¡Obedece! (Vase Arsonispa.)

ESCENA IV

ESMERALDA y MATIAS UNGADI

MATÍAS ¡Esmeralda!

ESMER. ¿Vos aquí, señor?

MATÍAS Tarde vuelves hoy.

ESMER. Como las fiestas han durado ha altas horas...

MATÍAS Que mientas ante un cristiano no fuera falta en ti, sería tu deber; pero ante mí es intolerable.

ESMER. ¡Señor! ¡Os juro!...

MATÍAS ¡No! ¡No jures! ¡El buen Dios y único te execraría! ¡Ibas a jurar en falso!

ESMER. ¡Yo!

MATÍAS Tú, que en aras de un amor impuro sacrificas tu cuerpo y tu hermosura a un enemigo de tu Dios y de tu raza.

ESMER. ¡Miente quien tal diga!

MATÍAS ¿Entonces no es verdad que ames a Febo de Chateaupers?

ESMER. ¡Le amo más que a mi vida!

MATÍAS ¡Insensata! ¿Le amas a pesar de saber que no te hará su esposa?

ESMER. ¡Le amo a pesar de todo!

MATÍAS ¡Desgraciada! Ninguna egipcia fué la manceba de un cristiano.

ESMER. Ni lo seré yo.

MATÍAS ¿Pero qué fin te propones?

ESMER. ¡Amarle y que me ame!

MATÍAS ¡Ah! ¡Comprendo! ¿Quién iba a adivinar?

ESMER. ¿Adivinar qué?

MATÍAS ¡Tu plan! Ahora lo veo claro. El capitán Febo de Chateaupers, hizo encarcelar a tu primo Bartijé; él fué causa de que le azotaran en la picota, y después de su muerte... ¡Ah! ¡Hierve en tus venas sangre egipcia! ¡Está contigo el único Dios!

ESMER. No acierto a comprenderos... ¿Qué pensáis de mí?

MATÍAS Que serás la vengadora de Bartijé; que, cual nueva Judit, arrancarás la vida al capitán.

ESMER. ¿Yo matar a mi Febo? ¡Su muerte fuera la mía!

MATÍAS ¡Esmeralda! (Colérico.)

ESMER. ¡Perdón, señor!

MATÍAS ¿Perdón? ¡Pero no puedo dar crédito a tus palabras!... Cierto que los egipcios oculta-

mos hasta a nuestros padres los planes de venganza; pero tú puedes fiar en mí.

ESMER. ¡Amo a Febo, señor! ¡Febo es mi vida!

MATÍAS Siendo así, no hay para ti esperanza, ya que decretas tu muerte.

ESMER. ¡Morir por él! ¡Esta fuera demasiada dicha!

MATÍAS Morirás, sí, o te casarás dentro de tres días con quien sea digno de tu amor.

ESMER. La muerte espero ya.

MATÍAS ¡Entra en tu casa! De ella no saldrás, bajo pena de execración, más que para ir a la muerte o a tus bodas.

ESMER. ¡A la muerte mejor! ¡Morir era mi intento!

MATÍAS Se cumplirá tu deseo. (Vase Esmeralda. Llamando.) ¡Arsonispa! (Esta aparece.) ¿Qué? ¿Has oído tal vez?

ARSO. ¡Todo, señor! ¡Habéis adivinado! ¡Ella medita la muerte del capitán!

MATÍAS ¡Oh! ¡Si fuera así!...

ARSO. ¡No lo dudéis! Esmeralda lleva nuestra sangre en sus venas, roja como la de nuestro Dios... No desmentirá su raza.

MATÍAS Confío en ello. (Rumores dentro.) Pero ese rumor...

ARSO. Sin duda son los hampones.

MATÍAS Sí, ellos son.

ARSO. Traen un preso.

MATÍAS Vete y cuida de Esmeralda. (Vase Arsonispa.)

ESCENA V

MATIAS UNGADI, PEDRO GRINGOIRE conducido por BELLEVIGNE, LONGUEJONE y truhanes de ambos sexos. Los que dormían se levantan. Luego CLOPIN.

BELL. ¡Llevémosle ante el rey!

LONG. Y HAM. ¡Al rey! ¡Sí! ¡Al rey!

MATÍAS ¡Buena presa habéis hecho!

BELL. Mejor podría haber sido; pero para disipar el mal humor de Clopin ya bastará.

PEDRO ¡Ya lo creo! ¡No lo dudéis! Conocerá la sublimidad de la poesía.

LONG. Y tú lo que aprieta una cuerda de cáñamo.

PEDRO ¿Eh?

BELL. Aquí está Clopin.

TODOS ¡Clopin! ¡Clopin!

CLOPIN (Saliendo) ¡Eh! ¿Qué barullo es ese? ¡Vaya un pajarraco de mal agüero que traéis a mi presencia! (Se sienta sobre el tonel.)

BELL. ¡Señor! Hoy es día de jolgorio para la ciudad de París, y es muy justo que también lo sea para nosotros, ahorcando a un súbde de Luis onceno, de la misma manera que ellos ahorcan a los vuestros.

CLOPIN Y habréis escogido a uno de los curiales... ¡Que me place!

PEDRO No soy curial; soy poeta, señor, monseñor o majestad. No sé cómo llamaros.

CLOPIN Llámame como quieras, pero di pronto cuanto tengas que decir en tu defensa.

PEDRO ¿En mi defensa?

CLOPIN Sí; estás ante nos, Clopin I, rey de Tunia y de Germania. Acercaos vos, Ungadi, duque de Egipto; sentaos vos, Guillermo Rosseau, emperador de Galilea (Matías y otro hampón se sientan cerca del trono de Clopin.) Los tres somos tus jueces y el que cae bajo nuestra jurisdicción no escapa con vida.

PEDRO Protesto, señor, rey o emperador. Considerad que soy Pedro Gringoire, autor del misterio representado esta tarde.

CLOPIN ¡Mal rayo te parta! Así pagarás el habernos soberanamente aburrido. Que le ahorquen.

PEDRO ¡Esto es muy grave, gran señor! Considerad, además, que como poeta, soy hijo del gran Apolo, hermano de las nueve musas...

CLOPIN ¡Fecunda fué tu madre!

PEDRO ¡Señor!

CLOPIN ¡Una cuerda! ¡Pronto! Este no sirve para nada, y es en vano cuanto se haga por él.

PEDRO ¡En vano! ¡Ah señor! Yo soy muy agradecido, y...

CLOPIN ¿Y consentirás en alistarte en la «Pequeña llama»?

PEDRO Y en la llama mayor si es necesario. ¡Ya lo creo!

CLOPIN La «Pequeña llama» es nuestra bandera, y serás súbdito del reino de Tunia o de Germanía como todos los que te rodean.

PEDRO ¡Seré truhán! No veo en ello inconveniente.

CLOPIN Pero para serlo no es suficiente el querer, sino poder, mejor dicho, saberlo ser.

PEDRO ¡Pues yo sabré! ¡Vaya si sabré!

CLOPIN Entonces vas a robar al maniquí.

PEDRO ¿Robar a un maniquí? ¡Bah! No digo a uno, a ciento robaría yo.

CLOPIN Eso es lo que vamos a ver. (Trae una especie de horca portátil de la que cuelga un maniquí vestido de rojo y adornado con cascabeles y campanillas.)

PEDRO ¿Pero qué campanilleo suena? ¡Diablo! En un ahorcado.

CLOPIN ¡Un ahorcado en efigie! Es el maniquí! Es una de sus faltriqueras esta su bolsa. Si se la quitas sin que suene una sola campanilla, serás admitido en mi corte, y no haremos contigo más que apalearte de lo lindo.

PEDRO ¡Jesus mil veces! ¿Y si suena una campanilla?

CLOPIN Entonces descolgaremos el maniquí...

PEDRO ¡Que lo descuelguen, señor, que lo descuelguen!

CLOPIN Y te colgaremos en su lugar.

PEDRO ¡Demonio!

CLOPIN ¡Despacha pronto! Mi corte espera.

PEDRO Pero si no llego a los bolsillos.

CLOPIN ¡Razón te sobra, y por esto no ha de quedar! Que traigan un escabel. (Los hampones lo traen.) Ahí lo tienes.

PEDRO ¡No podían escogerlo peor!... ¡Este escabel cojea!

CLOPIN ¡No importa! ¡Súbete a él! Guarda el equilibrio y cuidado con las campanillas.

PEDRO ¡Dejad que me santigüe! ¡Ay! ¡Ya me predijo una egipcia que siendo poeta acabaría mal!

CLOPIN ¡Despacha pronto!

PEDRO ¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡A la una!... a las dos... ¡Ea! ¡Valor! ¡A las tres! (Súbese al banquillo e intenta hacer la prueba, pero se viene al suelo haciendo sonar las campanillas.) ¡Jesucristo!

CLOPIN Han sonado las campanillas. Ahorcadle sin compasión.

PEDRO ¡Piedad, señor! Inventad otra prueba, de la que tal vez salga en bien.

CLOPIN Otra prueba hay, pero dudo...

PEDRO ¡Oh! ¡No dudéis, señor!

CLOPIN ¿Eres soltero?

PEDRO Soltero como mi madre... antes de que se casara.

CLOPIN Pues cásate tu también.

PEDRO ¡Oh, sí! Me casaré y me vendrá al pelo.

CLOPIN Pero falta una mujer que te quiera y sea de mi corte.

PEDRO ¡Pues que lo sea!

CLOPIN ¡Vas a probar fortuna! ¡A ver! ¡Un marido! ¿Cual de vosotras lo quiere? ¡Un marido de balde!

ARSO. (Saliendo.) ¿Un marido y de balde?

CLOPIN ¡Sí! A ver si te agrada.

PEDRO (¿Y esta vieja quiere aun casarse?... ¡Horror!)

(La gitana le examina y al fin dice despectivamente.)

ARSO. *¿Sinela but jucó?*

PEDRO Pero ¿qué ha dicho?

CLOPIN Que estás muy flaco.

PEDRO ¡Yo flaco! ¡Ella fea y vieja!

CLOPIN Déjala y trata de apechugar con otra. (Se le acerca una hampona joven y no fea.) ¡Ah! ¡Vos! ¡Salvadme, por caridad! (La hampona baja los ojos y dice al retirarse:)

HAMPO. ¡No puedo salvarte! ¡Guillermo Longuejone me mataría!

PEDRO ¡Cómo ha de ser!

CLOPIN ¡Ya lo ves! ¡No es culpa mía si no estás de suerte! ¡A la una! ¡A las dos...! ¡A las tres! Queda adjudicado.

PEDRO ¿Adjudicado? ¿A cuál?

CLOPIN ¡A la horca! (Se disponen a ahorcarle cuando aparece Esmeralda.)

ESCENA VI

Dichos y ESMERALDA

ESMER. ¡Deteneos!

MATÍAS ¡Oh!

PEDRO ¡Esmeralda!

MATÍAS ¡Cómo! ¿Te atreves a salir a pesar de la execreción que pesa sobre ti?

ESMER. Me impusisteis no salir más que para ir a la muerte o a mis bodas.

MATÍAS Entonces...

ESMER. ¡He aquí a mi elegido!

PEDRO ¡Calle! Esta ya es harina de otro costal.

MATÍAS ¡Pronto! ¡Sin compasión! ¡Ahorcadle!

PEDRO ¡Protesto, señor! ¡Invoco vuestras leyes!

CLOPIN ¡Razón te sobra! ¡Estás en tu derecho y Esmeralda en el suyo!

MATÍAS ¡Claro se ve su intento! Juró la muerte del capitán. (Dejan libre a Pedro.)

CLOPIN ¡Has salvado el pellejo para ser feliz! Van a celebrarse vuestras bodas.

PEDRO ¡Mis bodas! Pero ¿esto es realidad? ¿Yo dueño de una mujer tan encantadora..? ¡Esto es un sueño!

CLOPIN ¡No, amigo mío! Y en prueba de ello, que traigan un cántaro.

PEDRO ¿Un cántaro? Pero, si no tengo sed. ¡Si siquiera fuese un jarro de vino!

CLOPIN Un cántaro he dicho. (Le traen uno.) ¡Aquí está! ¡Acércate, Esmeralda! Y tú también, señor poeta. Ahora, el cántaro al aire.

PEDRO ¿Al aire? Pero, si es nuevecito y va a romperse.

CLOPIN Tiradlo al aire he dicho.

PEDRO ¡Pues allá va!

CLOPIN (Contando los pedazos.) Uno, dos, tres, cuatro... Quedáis casados para cuatro años. ¡Ea, amigos! ¡A festejar sus bodas. (Se arma una cencerrada.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Interior de la casa de Esmeralda. Puertas al foro y a la derecha. A la izquierda una ventana. Una mesa con los restos de una comida.

ESCENA PRIMERA

PEDRO GRINGOIRE

(Sigue la cencerrada)

PEDRO ¡Magnífica noche de *bobos*, ya que para mí no ha sido de bodas! Y luego con los acordes de esa música... (Cesa la cencerrada.) ¡Por fin ha cesado! ¡Ay! Donoso papel el de un marido sin mujer, porque yo no tengo mujer. Ella se encerró en su cuarto, mientras que yo... Pero ¿por qué se habrá casado conmigo? He aquí un enigma que ni los de la Esfinge. (Abre la ventana.) ¡Ya está amaneciendo! ¡Qué bello es ver lucir el sol después de una noche como la pasada!

ESCENA II

Dichos, CLOPIN y MATÍAS UNGADI

CLOPIN ¡Franca está la puerta! Estos no son avaros de su felicidad.

MATÍAS Entremos, pues.

PEDRO ¡Oh, Majestad!... ¿Y vos, señor...?

MATÍAS ¡Llamadme padre! El duque de Egipto lo es de todos sus súbditos, y tú lo eres mío desde que te casaste con Esmeralda.

PEDRO ¡Oh, cuánta bondad!

MATÍAS ¿Dónde está tu mujer? Supongo que no se habrá levantado todavía.

PEDRO Suponéis con acierto.

CLOPIN ¡Dejad que descanse, duque! Después de una noche de novios no es bueno madrugar.

MATÍAS Y tú ¿cómo estás en pie tan de mañana?

PEDRO ¡Como que no me he acostado todavía.!

CLOPIN ¡Imbécil te creí, pero no tanto! Verdad que la música no cesó en toda la noche, pero al lado de una mujer tan hermosa como la tuya...

PEDRO ¡Oh, sí! Lo es.

CLOPIN Y algo tendrás dispuesto con que obsequiar a los amigos.

PEDRO Este jarro de vino, que huele a gloria.

MATÍAS Tu mujer es un tesoro. La boda no la cogió desprevenida.

PEDRO No hay más que dos vasos, pero como yo no he de beber...

CLOPIN ¡Beberás en el mismo jarro! Mi corte no es como la de mi colega Luis: aquí se desconoce la etiqueta.

MATÍAS Debes de ser muy feliz.

PEDRO ¡Quien lo duda!

MATÍAS ¡Y pensar que si Esmeralda es tan hermosa fué por casualidad!

PEDRO ¡Por casualidad! Esto no lo entiendo.

MATÍAS Por poco nace bizca, jibosa y patizamba.

PEDRO ¿Eso es una broma, padre?

MATÍAS Hablo muy de veras. Su madre ya había dado a luz, antes que a ella, a dos pequeños monstruos, que comparados con Cuasimodo el campanero resulta éste hermoso como una flor de mayo... Si hasta una vieja agorera le había pronosticado que su tercer vástago nacería aun más horrible que los

otros dos; pero quiso el diablo que pocos días antes del nacimiento de Esmeralda acusaran a su padre de hechicería y se lo llevasen preso al Chatelet; pero antes había dicho a Alfira...

CLOPIN (*Con interés y sorpresa al mismo tiempo*) ¿A Alfira, decís?

MATÍAS ¡Sí, Alfira! Así se llamaba la madre de Esmeralda.

CLOPIN (¡Oh, si fuese, acaso!) Continuad, duque.

MATÍAS Continúo. Pues, sí, había dicho a Alfira antes de que le encarcelasen: «Estos monstruos hijos tuyos no lo son míos; si tu tercer vástago nace como los otros dos, juro que tú y él moriréis a mis manos.» Alfira sabía que Adunay cumplía sus amenazas.

CLOPIN ¿Adunay?... ¿Se llamaba Adunay el padre de Esmeralda?

MATÍAS Pues sí, así lo digo; fijaos bien, Clopin.

CLOPIN Sí... me fijo... me fijo... (Entonces la niña que yo...)

MATÍAS Pero ¿qué os pasa? ¿dudáis acaso?

CLOPIN ¡Yo! ¡Qué he de dudar!... Seguid, seguid.

PEDRO Sí, seguid, padre.

MATÍAS Adunay consintió al fin en que le bautizaran para salir libre del Chatelet y cumplir en todo caso su amenaza, pero calculad lo grato de su sorpresa cuando su esposa, en vez de un monstruo, le presentó una niña bella como una flor de los jardines de Granada.

CLOPIN Sí, grata sería su sorpresa.

PEDRO No sería así la de la agorera que la vaticinó, pues quedó poco airosa.

MATÍAS Si no acertó, fué, sin duda, a causa de la amenaza de Adunay.

CLOPIN ¡De la amenaza de Adunay! ¡Ja! ja! ja!

MATÍAS No os riáis Clopin. Vosotros los cristianos os burláis de lo que no comprendéis. También os reísteis de los antojos de mi mujer.

CLOPIN ¡Claro que sí! Pero, continuad... Nos referíais cuando Alfira presentó a Adunay su hija en Reims.

MATÍAS En Reims, sí; pero ¿quién os ha dicho que fué en Reims?

CLOPIN ¡Nadie! ¡Yo también tengo el don de adivinar!

MATÍAS ¡No! ¡Vos sabéis algo de lo que yo ignoro!

PEDRO Y de lo que ignoro yo, podéis creerlo.

CLOPIN ¡Vaya, querido duque! Bastante hemos abusado de la bondad o de la tontería, mejor dicho, de vuestro nuevo hijo... ¿Venís?

MATÍAS Sí, vamos, para que me digáis...

LONG. No sacaréis de mi buche ni una palabra más. ¡Adios, Gringoire!

MATÍAS ¡Adios, hijo mío! ¡Haz feliz a tu esposa!

PEDRO Pondré todo lo que pueda de mi parte.

MATÍAS Vamos, Clopin.

CLOPIN Pasad, Ungadi. (Vanse.)

ESCENA III

ESMERALDA y PEDRO GRINGOIRE

PEDRO ¡Nada! ¡No comprendo ni pizca de cuanto han dicho!

ESMER. ¿Se fueron ya?

PEDRO ¡Sí, se fueron! ¡Solos otra vez, esposa mía!

ESMER. ¡No os acerquéis a mí!

PEDRO Pero, ¿durará siempre vuestro rigor conmigo?

ESMER. ¡Siempre! ¡Ya os lo he dicho! ¡En mí no habéis de ver más que una hermana!

PEDRO Pero, ¿nuestras bodas?

ESMER. Sois cristiano, y a nada os obliga un cántaro roto.

PEDRO A mí, no; pero a vos...

ESMER. Tampoco me obliga.

PEDRO Siendo egipcia...

ESMER. ¡Quién sabe! (Y añade con cariño.) ¡Ah, Gringoire! ¡Hermano mío! ¡Os salvé la vida! No exijáis de mí más de lo que pueda daros.

PEDRO Tenéis una manera de decir... Pero soy un hombre como los demás, y eso de vivir al lado de una mujer hermosa, ser su marido, y...

ESMER. ¡Sois libre, Gringoire! ¡Volved, si os place, al lado de los que amáis; yo... yo no puedo daros el cariño que de mí exigís!

PEDRO ¡Yo separarme de vos! ¡No! ¡Eso jamás! ¡Viviré a vuestro lado, os seré fiel como Djalí, vuestra cabrita, siempre con la esperanza de que algún día, cuando vuestro amor no sea correspondido por el que tanto amáis, os apiadéis de mí. Ese día...

ESMER. Ese día no lucirá para Esmeralda, porque en ese día no quedará de mí más que el recuerdo.

PEDRO Siendo así, no quiero seros gravoso.

ESMER. ¡No lo seréis, Gringoire!

PEDRO Cada uno debe ganar su pan.

ESMER. Nos lo ganaremos los dos; yo con mi Djalí; vos con vuestros versos.

PEDRO ¡Ah! Con versos no se lo gana nadie

ESMER. ¡Sí! Los recitaremos los dos al aire libre. En el misterio representado ayer, hay un diálogo entre la virtud y el vicio. ¡Oh! Ya veréis, Gringoire, cual será nuestro truinfo al recitarlo.

PEDRO ¡Oh! ¡Sí! Triunfaremos... ¡Vaya si triunfaremos! ¡Ah! ¡Esto me reanima! La dicha aun puede ser para los dos.

ESMER. Sólo efímera puede ser para mi, pero ¡no importa! (Va a una lateral y llama.) ¡Djalí! ¡Ven, mi Djalí! El día luce ya... ¡A cantar! ¡A fingir alegría¡ !A ocultar el dolor!

ESCENA IV

Dichos, ARSCNISPA con DJALÍ

ARSO. Aquí tienes a Djalí. Hoy he dorado sus cuernos con más esmero.

ESMER. (Acariciando a la cabra.) ¡Qué hermosa es! Verdad, Gringoire?

PEDRO ¡Preciosa! ¡Quién estuviera! en su lugar

ARSO. No vayas a danzar a la plaza de la Grève. Hoy funciona la rueda de la picota.

ESMER. ¡Otro infeliz expuesto a la vergüenza pública!

ARSO. Malasangre, al que acaban de dar suelta en el Chatelet, dió la noticia.

ESMER. ¿Y dijo quién era el desdichado?

ARSO. Cuasimodo.

ESMER. ¿El campanero de Nuestra Señora?

ARSO. El mismo. Bien se lo tiene merecido! Una ronda le pilló mientras intentaba raptar a una mujer.

ESMER. ¡Oh!

ARSO. ¡Hoy a la picota! ¡Mañana a la horca (Vase.)

ESMER. ¡Oh Gringoire! Ese suplicio debe ser horrible.

PEDRO ¡Claro que! sí Maese Buchil tiene la mano dura, y no tienen desperdicio sus azotes; pero no es eso lo peor.

ESMER. ¡No! ¿Qué es pues?

PEDRO Las horas que el reo está expuesto en la picota...! ¡La fiebre que se apodera de él! ¡La sed! Ese es el peor tormento.

ESMER. ¿Y no hay quién se apiade...?

PEDRO ¿Apiadarse? ¡Sí! Pero...

ESMER. ¿Está prohibido darle de beber?

PEDRO No, pero se asegura que el que se atreve a hacerlo, a la corta o a la larga, muere en la horca.

ESMER. ¡Ah! (Llena una calabaza con el agua contenida en un jarro.)

PEDRO — Esta es la razón porque nadie... Pero, ¿qué haces?

ESMER. — No me lo preguntes. ¡Arsonispa! (Llamando.)

ARS. — (Saliendo.) ¡Aquí estoy! ¿Qué me quieres?

ESMER. — ¡Cuida de Djali! ¡Seguidme, Gringoire!

PEDRO — ¿A dónde?

ESMER. — ¡A la plaza de la Grève! ¡A socorrer a ese infeliz! (Vanse precipitadamente.)

MUTACIÓN

La Plaza de la Grève

ESCENA V

El verdugo acabando de azotar a CUASIMODO, atado a la picota. TRISTAN, al frente de sus arqueros. BELLEVIGNE, LONGUEJONE, pueblo y hampones; después, según indique el diálogo, FEBO, NOIRET, JUAN, CLOPIN, MAHIETA, GERVASIA, ESMERALDA y PEDRO.

LONG. — Acabó el vapuleo. Ahora espera a que termine la segunda parte.

BELL. — ¡Qué cara pone! Parece la máscara del Anticristo.

LONG. — ¡Vaya un gesto! ¡Y con esa facha atreverse con esa mujer!

CUAS. — ¡Agua! ¡Agua, por compasión!

LONG. — ¡Ya calmarán tu sed cuando descarguen los nubarrones que por oriente pasan.

FEBO — (Saliendo y dirigiéndose a Tristán.) Tengo que hablaros.

TRISTÁN — Lo mismo deseo yo. A no estar de servicio hubiera ido a buscaros a vuestro alojamiento.

FEBO — Decid, pues; caballero.

TRISTÁN — ¿Habéis escrito este billete, que recibió Flordelisa esta mañana?

FEBO — ¡Mío es, en efecto! Aunque algo tarde, re-

conozco que obré de ligero, al dar palabra de casamiento a vuestra prima. No sería dichosa conmigo.

TRISTÁN ¿Y a pesar de que el rey aprobó vuestro matrimonio...?

FEBO El rey lo aprobó, pero Dios no lo aprobaría.

TRISTÁN Nada tengo que objetar a lo que aquí va escrito; pero sois caballero, y creo comprenderéis...

FEBO Estoy a vuestras órdenes. Esta tarde estaremos los dos libres de servicio; me encontraréis en las inmediaciones del Luxemburgo.

TRISTÁN ¡Allí estaré!

FEBO ¡Un duelo por la tarde! ¡Por la noche una cita de amor! ¡Día completo! (Vase.)

TRISTÁN ¡Maldita gitana! Esa condenada mujer desbarata todos mis planes... ¡Oh! Yo haré que... (A Noiret, que se le acerca.) A propósito, Noiret: aseguran que el rey trata de proscribir de Francia a los gitanos.

MIGUEL Así se dice. Se les acusa de hechicería, y al que se le prenda en los dominios del rey a los ocho días de promulgado el edicto...

TRISTÁN (Aun es tiempo.) Seguidme, Noiret. (Vanse.)

JUAN (Apareciendo.) ¡Por los cuernos de Lucifer! Ese Clopin, con sus embustes se ha burlado de mí... Yo que llegué a creerme... ¡Bah! Nadie es capaz de arrancar un escudo a mi venerable hermano.

CLOPIN (De pordiosero.) ¡Una limosna, siquiera para un pedazo de pan!

JUAN ¡A buen molino vienes con tu trigo! Pero, qué veo! ¡Clopin!

CLOPIN ¡Ya desconfiabas de mí! ¿Eh?

JUAN ¡Si he de deciros verdad!...

CLOPIN Eres injusto conmigo, y para convencerte de ello, te diré que mi secreto tiene segunda parte y lo ignoraba.

JUAN Empezad por revelarme la primera.

CLOPIN Entremos en la taberna.
JUAN Vamos allá.
LONG. (Reconociéndole al pasar.) Clopin.
CLOPIN ¡Qué Clopin ni qué demonio! ¡Una limosnita, caballero!... (A Juan.) (¡Sígueme!) (Entran en la taberna.)
CUAS. ¡Agua! ¡Por caridad, agua!
JUAN Maese Gollard estará sordo, pues no te oye.
BELL. Si te oyera, él te la daría; ¡pues es lo que sirve siempre!
HAMPO. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
MAHIET. (Aparece con Gervasia.) ¡Quiero ver otra vez a esa mujer! ¡Me fijaré más en ella!
GERVA. Pero ¿es que creéis?
MAHIET. Presumo que es una mujer con la cual traté en otros tiempos.
GERVA. ¿Vos?
MAHIET. Sin duda, es una desdichada a la que unos gitanos le arrebataron su hija para sacrificarla en un infame sábado.
GERVA. ¡Qué horror! Vedla, pues. (Se acerca a la celda.)
MAHIET. No puedo verle el rostro.
GERVA. Tal vez llamándola se vuelva. ¡Hermana! ¡Hermana Gudula! No responde.
MAHIET. Aquella mujer no se llamaba Gudula.
GERVA. Llamadla, pues, por su nombre.
MAHIET. No lo recuerdo... ¡Hace ya tanto tiempo!...
CUAS. ¡Agua! ¡Una caridad de agua!
ESMER. (Llegando con Gringoire.) ¿Oyes? ¡La sed abrasa al infeliz!
PEDRO ¡Por Dios, Esmeralda! ¡No subas a la picota!... ¿Sabes la predicción funesta?
ESMER. Es una superstición.
PEDRO Mira que...
ESMER. ¡Déjame! (Se dirige a la picota.)
TRISTÁN (Que vuelve con Noiret.) ¡Ella es! No la perdáis de vista.
MIGUEL ¡Descuidad! ¡Sé lo que debo hacer!
BELL. ¡Pero, mirad! Esmeralda sube a la picota.
PEDRO ¡Baja, Esmeralda! ¡No subas más!

LONG. ¡Va a dar de beber al campanero!
BELL. No sabe a lo que se expone.
LONG. A morir en la horca.
TRISTÁN (¡Sí! ¡En la horca morirá!)
BELL. ¡Desventurada!
CUAS. ¡Agua! ¡Agua!
ESMER. ¡Bebed, hermano mío! (Le da de beber en su calabaza.)
HAMP. ¡Esmeralda! ¡Esmeralda!
GUD. (Agitada, al oir este nombre.) ¿Esmeralda, dicen? ¡Ah! ¡La gitana! ¡La de la raza maldita! ¡Execración sobre ella! ¡Execración eterna!
GERVA. ¿La reconocéis, tía Mahieta?
MAHIET. No... No sé... Con el ayuno continuo ha enflaquecido tanto... Pero, su nombre... ¿Cuál es su nombre, Dios mío? (Se esfuerza en recordar.)
CUAS. (Después de haber bebido.) ¡Ah! ¡Gracias! ¡Me habéis vuelto a la vida! ¡Pero, qué gran mal me habéis hecho! (Esmeralda baja de la picota.) !Ah, Señor! ¿Por qué nací deforme? ¡Qué vida la que me espera desde ahora!
MAHIET. (Fijándose aun más en Gudula.) ¡Sí! ¡Es ella! ¡No hay duda! ¿Pero, su nombre?... ¡Ah! ¡Ya recuerdo!... ¡Chantefleurí!... ¡Chantefleurí!
GUD. ¡Ah! ¡Es la gitana que me llama! (Esmeralda pasa a la vista de Gudula,) ¡Sí! ¡Ella! ¡Ella! !Maldición sobre ti! ¡Maldita seas! (Cae desvanecida.)
MAHIET. ¡Oh, Dios mío! !Chantefleurí! ¡Chantefleurí!
ESMER. ¿Qué oigo? ¡La Chantefleurí ella! ¡Entonces justo es su rencor! ¡Infeliz mujer! ¡Desventurada madre! ¡Razón te sobra para odiar a los que asesinaron a tu hija!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Gabinete de estudio de Claudio Frollo, algo parecido al del doctor Fausto. Retortas, alambiques, esqueletos de irracionales, etc., etc. Un hornillo con una vasija que se supone hirviendo. Inscripciones griegas y latinas, y en sitio preferente esta: ΑΝ'ΑΓΚΗ. Silla poltrona, mesas atestadas de *infoliums*. Un libro impreso sobre otra mesa colocada cerca de una ventana. Puerta al foro y otra lateral.

ESCENA PRIMERA

CLAUDIO solo

CLAUDIO (Junto al hornillo, soplando con un fuelle la lumbre. Después de una pausa, dice:). ¡Nada aún! ¡Vanos son mis esfuerzos...! ¡Nada! Quizás sea esta palabra la única verdad. ¡Pero, no; Manon lo dice, Zoroastro lo enseña! El oro es el fuego en estado concreto; quien dice luz, dice oro. La diferencia es la misma que existe entre el vapor de agua con el hielo, nada más... Y esto no es un delirio, es la ley del Universo... Pero ¿cómo arrancarle el secreto de esta ley?... Dicen que sólo es preciso pronunciar una palabra mágica... Magister afirma que ésta es un nombre de mujer... ¡Sí! El sabio está en lo cierto... Los nombres de mujer son palabras dulces como una bendición... ¡María!... ¡Beatriz!... ¡Esmeralda!... ¡Maldición! ¡Siempre acude este nombre a mis

labios! En vano busco mi salvación en la ciencia... ¡Pero yo he de vencerme y me venceré! ¡Inspírame tú, Dios Santo, Dios omnipotente! ¡Y tú, Madre del Eterno Verbo, vida, consuelo y esmeral... ¡No! Vida, consuelo y esperanza nuestra!, quise decir... Ni puedo orar, Señor. Hasta en la imagen de vuestra excelsa Madre, el rostro veo de esa mujer... ¡De esa mujer querida! ¡Perdón! ¡Perdón, Señor! ¡No puedo más! ¡La muerte o la paz del alma!... ¡Ved qué poco os pido! (Pausa.)

ESCENA II.

El mismo y CUASIMODO

CLAUDIO ¿Quién anda ahí? ¿Qué quieres? ¿Por qué te atreves a turbar mis meditaciones? ¿No dije que sólo maese Coctier, el médico del rey, llegase hasta aquí? (Cuasimodo retrocede lentamente.) ¡Cuasimodo! ¡Mi pobre Cuasimodo! ¡Perdóname! No sé lo que me digo... ¡Ven a mí! ¡Cerca! ¡Más cerca aún! Que mis labios puedan besarte. (Llega, y él le abraza.) ¡Cuasimodo! ¡Hijo mío! ¿Me guardas rencor todavía?... He sido cruel... ¡muy cruel! ¡Por mi causa el verdugo puso en ti su mano infamante desgarrando mi corazón, que te quiere como si fueras vida de mi ser, alma de mi alma! (Cuasimodo, después de vacilar, se desprende de sus brazos.) ¡Recuerda cuánto hice por ti! Un domingo de Cuasimodo, y por eso este es tu nombre, te hallaron expósito en el atrio de Nuestra Señora. Las *almas buenas*, al ver lo miserable de tu cuerpo, te creyeron un ser diabólico, un aborto de Satanás... A no ser yo, la hoguera calcinara tus huesos... Yo te tomé en mis brazos, te acaricié, te llamé mi hijo... ¡Te adopté! (Cuasimodo, con el mirar,

parece decir: ¡No lo olvido!) ¿Y no perdonas?... ¿No me perdonas, hijo mío? (Cuasimodo hace un signo afirmativo.) ¡Pero yo te vengaré! ¡Ese capitán de arqueros, ese Febo de Chateaupers fué la causa de tu suplicio! ¡Toda su sangre es poca para lavar tu afrenta! (Cuasimodo le mira fijamente.) ¿Por qué me miras así? ¡No te comprendo! Antes tus miradas expresaban lo que no me decían tus palabras...? ¿Odias al capitán? ¿Quieres vengarte de él? ¡Yo lo pondré en tus manos! La herida que recibió de Tristán l'Hermite fué la salvaguardia; pero ahora, próximo a abandonar el lecho... (Pero cambiando de pensar continúa.) ¡No! ¡No! ¡Déjame! ¡Quiero estar solo! (Cuasimodo, que no ha cesado de mirarle con fijeza, se dispone a salir.) ¡Ven a mis brazos antes! (Cuasimodo se detiene, pero no avanza hacia él.) ¡Ven a mí! ¡Lo quiero! ¡Lo exijo! (Avanzan los dos y se abrazan. Cuasimodo llora. Entra Juan Frollo.)

ESCENA III

Dichos y JUAN

JUAN ¡Escena patética! ¡Mi hermano y el campanero! ¿Será verdad lo que afirma Clopin...? Que no me vean. (Se dirige al foro.)

CLAUDIO Vé, hijo mío, y procura que nadie llegue hasta aquí a no ser el médico del rey. (Vase Cuasimodo. Claudio va a cerrar la puerta.)

JUAN (¡Su hijo! ¡No hay duda! No me engañó Clopin. Su hijo. He aquí la causa de su desvío hacia mí.) Buenos días, hermano.

CLAUDIO ¡Tú! ¿Qué quieres? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

JUAN Permíteme antes dislocar las respuestas. Entro por la puerta y necesito dinero.

CLAUDIO ¡Dinero! He aquí lo que motiva siempre tus visitas. Y ¿para qué lo quieres?

JUAN — Pues lo necesito... para una buena obra.

CLAUDIO — O para gastarlo alegremente.

JUAN — Considera que es la mejor manera de gastarlo.

CLAUDIO — Pues no tengo para eso.

JUAN — Lo necesito, además, para comer.

CLAUDIO — *Qui non laborat non manducat.*

JUAN — *Ego non laboro, sed volum manducare.*

CLAUDIO — ¿Eh?

JUAN — Ya ves que también sé latín.

CLAUDIO — Juan, estás en una pendiente resbaladiza que conduce a...

JUAN — A la taberna, ya lo sé.

CLAUDIO — La taberna conduce a la picota, y la picota a la horca.

JUAN — Un modo de morir como otro cualquiera.

CLAUDIO — La horca conduce al infierno.

JUAN — Sitio el más a propósito para esperar la primavera.

CLAUDIO — ¡Acabemos! Para tu perdición no tengo dinero. Supongo, además, para que lo quieres... Para pagar las costas de una querella entablada contra ti, por haber desgarrado la ropilla a un tal Mahiet Fayel.

JUAN — ¿Ropilla? Un mal capotillo de Montaiges.

CLAUDIO — ¡*Tunicam* y no *capetam*, dice la querella! Eres fuerte en latín...

JUAN — Y también en griego, como probaré traduciendo en cristiano esa palabra griega escrita en la pared.

CLAUDIO — ¿Qué palabra?

JUAN — Esa: «AN'AΓKH» (Léase.) Anangui.

CLAUDIO — ¿Eh?

JUAN — Lo cual quiere decir: «Fatalidadad» Podrías haber puesto *Fatum*, pero esto lo traduce cualquiera, y como esa palabra no es propia de un sacerdote...

CLAUDIO — ¡Calla!

JUAN — ¡En fin! ¡Cómo ha de ser! Consentirás en que me encarcelen por unos miserables escudos.

CLAUDIO — Estoy harto de tus locuras.

JUAN	Pues, en tal caso, no hay más que seguir tus consejos. Trabajaré.

CLAUDIO	¡Al fin!

JUAN	¡Compondré un libro! ¡Oh! ¡Será una historia peregrina! Se titulará: *El abate Longueville.* (Sorpresa en Claudio.) ¿Qué te parece el título, hermano?

CLAUDIO	¡Insolente!

JUAN	¿Insolente el título? ¡Quién lo creyera!

CLAUDIO	¡Acabemos! ¿Qué fin te propones?

JUAN	Consultarte sobre el plan de mi obra.

CLAUDIO	¡Vete! ¡Sal de mi presencia!

JUAN	¡Pues es forzoso que me oigas! No me voy sin exponértelo.

CLAUDIO	¡Acaba pronto!

JUAN	¡A eso voy! Pues, supongamos que hace veinte años...—veinte o los que sean, que en esto no andan acordes los autores—que un estudiante, residente en Reims, galanteó a cierta mujer, a la que después abandonó para recibir órdenes sagradas cuando la infeliz estaba próxima a ser madre.

CLAUDIO	¿Eh? ¿Quién te ha revelado...?

JUAN	¿Revelado qué...? Pero si te expongo el plan de una historia original... Pues, prosigo. Aquí se presenta otro personaje: un tal Rolland, o Clopin, pues por los dos nombres debe ser conocido, el que recibió del ex estudiante, pues ya era entonces clérigo, una respetable suma a condición de arrebatar el hijo a la infeliz madre, a fin de educarlo cristianamente.

CLAUDIO	¡Oh! ¿Cuál es tu intento? ¡Dilo ya!

JUAN	Terminar la historia en dos palabras.

CLAUDIO	¡Pues, pronto!

JUAN	Poco tardó el niño en estar en brazos de su padre. En la mañana de un domingo de Cuasimodo lo reconoció, por cierta señal convenida con Rolland, entre los expósitos en el atrio de Nuestra Señora; pero no resultó lo bello que soñara su padre, sino un ser deforme y horroroso... Era tuerto, pa-

tizambo y jorobado... En fin: la vera efigie de tu campanero.

CLAUDIO ¡Calla, lengua viperina! ¡Calla!...

JUAN Por lo visto mi historia te interesa.

CLAUDIO Sí, y preveo el final... El verdadero final... Ese Longueville dijo un día a su hermano: no me has hablado de él, pero debe tenerlo, un hermano, aun más miserable que él mismo.

JUAN Tampoco andarán acordes los autores en esto.

CLAUDIO Prosigo. Dijo un día a su hermano, cogiéndole como te cojo a ti, que si tenía otra vez la osadía de ponérsele delante, le haría saltar por la ventana. ¿Qué te parece el final?

JUAN ¡Que no me gusta! Pero considero que necesito dinero, y me lo ofrecen a condición de escribir esta historia.

CLAUDIO Puedes hacer lo que mejor te parezca.

JUAN Será que prefieres que me haga truhán de la Corte de los Milagros, que me convierta en ladrón...

CLAUDIO ¡Hazte truhán, hazte hampón! Esto sería menos vil.

JUAN ¡Cómo ha de ser! Así lo quieres...

CLAUDIO ¡Puedes hacer lo que gustes! Nuestra entrevista ha terminado. (Va a abrir la puerta.)

JUAN Pues con Dios te quedas.

CLAUDIO ¿Pero, quién sube? ¡Sin duda, maese Coctier! ¡Oh! No salgas ahora. (Lo guía a otra puerta.) Por aquí se va a mi dormitorio. Enciérrate en él, y no salgas hasta que te avise.

JUAN No saldré, pero necesito dinero, y ...

CLAUDIO ¡Obedéceme! (Vase Juan.)

ESCENA IV

CLAUDIO, LUIS XI, bajo el nombre de TOURENGEAU, y COCTIER

CLAUDIO ¡Al fin!

COCT. ¡Ave María!

CLAUDIO ¡*Gratia plena*! Os esperaba con ansia, querido doctor.

COCT. Perdonad si vengo acompañado. El señor de Tourengeau, atraído por vuestra fama de sabio, desea consultaros.

TOUR. ¡Así es, reverendo padre! Soy un pobre hidalgo de provincias, de los que se descalzan al entrar en la casa de los sabios.

CLAUDIO ¿Y sobre qué ciencia venís a consultarme?

TOUR. ¡Ah, señor! Estoy enfermo... ¡Muy enfermo! Y vengo a pediros un consejo de Medicina.

CLAUDIO ¿De Medicina? Esa ciencia es hija de los sueños.

COCT. ¿Qué decís, don Claudio? ¿Hija de los sueños la Medicina? Esas palabras no son propias de un sabio, lo son más bien de un loco.

TOUR. ¡Hay locos que dicen la verdad! Pero no debéis incomodaros con este buen sacerdote... ¡Al fin es amigo nuestro!... A pesar de lo que digo, no deja de contrariarme vuestra respuesta, ya que no vine aquí solamente a consultaros respecto a mi enfermedad; vine, además, a saber mi porvenir, a saber de mi estrella.

CLAUDIO Lo mismo creo en la Medicina que en la Astrología.

TOUR. ¿Pues en qué creéis, pues?

CLAUDIO *Credo in Deum.*

TOUR. *Dominus nostrum.*

COCT. *Amen.*

TOUR. Me complace vuestro celo religioso; pero

¿sois sabio hasta el extremo de negar la ciencia?

CLAUDIO Yo no la niego.

TOUR. ¿Pues en qué ciencia creéis?

CLAUDIO En la Alquimia.

COCT. Aun siendo la Alquimia una ciencia verdadera, ¿habéis de negar que lo sean asimismo la Medicina y la Astrología?

CLAUDIO El cuerpo humano sólo ofrece tinieblas, los astros, tinieblas también... ¡El oro es el sol! ¡Hacer oro es ser Dios! He aquí la verdadera ciencia.

TOUR. ¿Y habéis llegado hasta la meta mirífica? ¿Habéis hecho oro?

CLAUDIO Si lo hubies hecho, el rey de Francia se llamaría Claudio y no Luis.

TOUR. (Frunciendo el ceño y rascándose la oreja izquierda.) ¿Eh?

CLAUDIO Pero ¿qué me importaría entonces el trono de Francia, pudiendo reedificar el imperio de Oriente?

TOUR. No hay duda que podríais.

COCT. ¡Ya lo creo!

CLAUDIO ¡Yo me arrastro entre tinieblas aún! Entreveo la luz, pero no veo... Empiezo a deletrear, pero no sé leer todavía.

COCT. Y cuando leáis, ¿haréis oro?

CLAUDIO ¡Sin duda!

TOUR. Pues me convendría leer en vuestros libros.

CLAUDIO ¿Mis libros? Ahora os enseñaré uno de ellos. (Abre la ventana y señala con una mano el edificio que se vislumbra.)

TOUR. ¡Nuestra Señora!

CLAUDIO Nuestra Señora, sí, ¡el inmenso libro! (Y con la otra mano señala el libro impreso que estará abierto.) ¡Ay! ¡Esto matará aquello!

TOUR. ¿Este libro decís?

CLAUDIO ¡Sí, porque está impreso! Las cosas pequeñas acaban con las grandes... ¡El libro matará el edificio! (Larga pausa. Tourengeau y Coctier comprenden que la entrevistá terminado.)

TOUR. ¡Sobrado tiempo abusamos de vuestra condescendencia! Admiro a los sabios y a los grandes ingenios. Venid a verme en el palacio de la Tournelle. Preguntad por el abad de San Martín.

CLAUDIO ¿El abad de San Martín? Esta dignidad corresponde sólo al rey de Francia. (Se fija en Tourengeau, le reconoce y se postra ante él.) ¡Ah señor!

REY ¡Levantad! El rey de Francia podría llamarse Claudio y no Luis.

CLAUDIO ¡Señor!

REY (Saca un bolsón, que deja sobre la mesa.) Esto para el culto de Nuestra Señora. Y vos, maestro, ¿qué gracia pedís al que aun llaman rey?

CLAUDIO ¡Ah señor! ¡Estoy confuso, y...!

REY Pedid, Dom Claudio, lo que se os antoje, mientras dependa de nuestra voluntad.

CLAUDIO ¡Poca cosa, señor! El perdón del primer reo que halle asilo en Nuestra Señora.

REY Poca cosa es, en verdad, pero si lo preferís... (Se dispone a escribir sobre un pergamino, del que pende el sello real, que le presenta Coctier. Claudio Frollo le ofrece pluma y tintero. Después de escribir continúa.) Solamente os resta llenar los blancos con el nombre del agraciado. ¡Vamos, Coctier!

CLAUDIO ¡Señor! (Se dispone a acompañarle.)

REY ¡Quedaos, Dom Claudio! ¡El rey no es aquí el señor! (Vanse.)

ESCENA V

CLAUDIO solo

CLAUDIO ¡Ahora sé a lo que venía Coctier! Y yo que creía... ¡Ha servido a mis planes! He aquí el perdón del primer reo que halle asilo en Nuestra Señora. ¡Ah! ¡Capitán Febo! Está de Dios que, si curas de tu herida,

mueras a mis manos. (Óyese el canto de Esmeralda.) ¡Ah! ¡El canto de Esmeralda! (Se asoma a la ventana.) ¡Desde aquí la vi por vez primera! ¡Qué hermosa es! ¡Por fuerza es el infierno quien la pone ante mi vista...! Pero ese hombre que la acompaña... ese Gringoire... ¡Ah! No es él quien me inspira estos celos horribles... ¡Es el capitán! ¡Oh! ¿Por qué no murió a manos de Tristán l'Hermite? Pero ¿qué veo? Un jinete se apea... ¡Es un arquero! ¡Es Febo...! ¡Justo Dios! Esmeralda se ha fijado en él... Habla a Gringoire... Este sale del corro y se dirige al capitán... ¡Ah! Monta otra vez y se aleja... ¡Oh! ¡No hay duda! Esta es la noche de la cita... ¡Ay de ti, capitán, si acudes a ella! (Va a llamar.) ¡Cuasimodo! ¡Cuasimodo!

ESCENA VI

CLAUDIO FROLLO y CUASIMODO

CLAUDIO Tú anhelabas vengarte del capitán, ¿no es cierto?

CUAS. Yo...

CLAUDIO Esta es la ocasión. Esta noche estará con Esmeralda en la posada de «La Manzana de Eva». Toma este puñal.

CUAS. ¡Oh!

CLAUDIO ¡No vaciles! Nada podrán ahora contra ti! ¡He aquí el pergamino del rey! ¡Valor, Cuasimodo!

CUAS. ¡No!

CLAUDIO ¡Así te vengas!

CUAS. ¡No puedo vengarme!

CLAUDIO ¿Quién te lo impide?

CUAS. ¡Ella, que la amo! ¡Su muerte la haría desdichada! Yo quiero su dicha.

CLAUDIO ¿Tú?

CUAS. ¡Yo, sí! ¡Que viva Febo si él es su vida! ¡Que muera yo! (Vase.)

CLAUDIO ¡Todos me abandonan! ¡Todos! ¡Hasta el que me debe la existencia! ¿Pero para qué quiero la ayuda ajena? ¡Tengo el perdón del rey...! ¿Qué más puedo apetecer? A estas horas nadie me verá salir del claustro, como no me vieron en las noches últimas. ¡Mi capa! El puñal de Esmeralda... ¡Ah! Mañana, antes de que raye el alba, será completa mi venganza. (Vase.)

ESCENA VII

JUAN, que aparece después de una pausa

JUAN Mi hermano creyó, sin duda, que pasaría aquí todo el día. ¡No sería mala encerrona! ¿Qué clase de demonio será el que ha venido a visitarle...? Por lo que he oído de su coloquio con el jorobado, Esmeralda estará esta noche en «La Manzana de Eva». ¿Tendrá mi hermano una cita con ella? ¡Sería chistoso! ¡Oh! ¡Qué idea! ¿Si le diéramos con mis amigos una sorpresa allí? ¡No! ¡No es posible! Tendría que pagar el gasto de mis comensales y no tengo un sueldo. (Repara en el bolsón.) Pero ¡calle! Un bolsón repleto... ¡y de oro! ¡Aparta, tentación! ¡Este dinero no me pertenece! ¡Es de mi hermano...! ¡Pero qué tonto soy! ¿No me dijo antes él mismo que me hiciera ladrón? ¡Pues bueno, querido Claudio! ¡Esta es la primera vez que te obedezco! Venga ese oro a mi bolsillo y ¡andando! ¡A la hostería «La Manzana de Eva»! (Toma el bolsón y vase.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Sala de una posada, con ventana y puerta al foro y dos laterales. Mesas y sillas. Sobre una mesa, un velón.

ESCENA PRIMERA

MAESE FALOURDEL, luego JUAN, BELLEVIGNE y estudiantes

FALOU. ¡Nadie! ¡Ni un alma! ¡Hoy como ayer, mi hostería desierta! ¡Mal hayan las hablillas, del vulgo!... ¡Acabarán por arruinarme! ¡Por mi patrón san Pedro!... Hace uno cuanto puede por complacer a sus parroquianos y... ¡Mis parroquianos! ¡Allá se fueron!... ¡Volaron como las golondrinas, pero para no volver más!... ¡Ah, glorioso san Pedro! ¡Mi tutelar san Pedro! ¡Haced que no me arruine, que pueda salir de este maldito atolladero, y os prometo dos libras de cera para vuestro altar! (Óyese gran algarabía dentro.) ¡Oh, milagro! Oyóme el santo, y ya vuelven en tropel mis parroquianos.

JUAN (Entrando bulliciosamente con los indicados.) ¡Por fin se te ve, maldito posadero! Creí que se te habían llevado los demonios.

FALOU. No se me llevaron todavía, para tener el honor de servir a tan ilustres huéspedes.

BELL. A ver cómo te portas.

FALOU. ¡Como acostumbro, señores! Estáis en la

mejor posada del mejor de los barrios de París.

JUAN Lo que, traducido del latín al griego, equivale a decir que estamos en la peor de las posadas.

FALOU. Es mucho honor el que se me dispensa.

BELL. ¡Basta de palabras huecas! Procura que nuestros estómagos te queden agradecidos.

FALOU. Haré cuanto pueda por complaceros.

JUAN ¡Y cuenta con buena paga! Esto que suena son escudos de oro.

FALOU. ¡Oh, milagro! ¡Milagro!

JUAN ¡Oye, Falourdel! Quisiéramos un aposento independiente.

FALOU. Sólo háy uno que escoger, entonces.

JUAN Guíanos a él.

FALOU. ¡Con mil amores! Pasen vuestras mercedes. (Vanse por una lateral.)

ESCENA II

CLAUDIO por el foro

CLAUDIO ¡Nadie me ha visto llegar hasta aquí! ¡Ah, Esmeralda! ¡No serás mía, pero tampoco te poseerá nadie! ¡No temblará mi mano! ¡El rayo viene de Dios!... ¡Que nos abrase a todos! Ese rumor... (Mira por la ventana.) Se apea un caballero... A pesar de la escasa luz, distingo en él el uniforme de los arqueros. ¡Sin duda es el capitán, que corre a su perdición y causará la mía!... ¡Que no me vea!... ¿dónde ocultarme!... ¡Ah! por aquí... (Se oculta en la otra lateral.)

ESCENA III

MAESE FALOUDREL, luego TRISTAN

FALOU. ¡Y habrá herejes que no crean en la eficacia de los santos benditos!... ¡Mi patrón se porta como quien es!... ¡Traer a mi casa un estudiante con relucientes escudos!... ¡Esto es maravilloso! Vámos a servir a mis nuevos huéspedes.

TRISTÁN (Entrando y atajándole el paso.) ¡Un momento! ¡Esperad!

FALOU. (¡Un teniente de arqueros! ¡Otro milagro!)

TRISTÁN Según barrunto, eres maese Falourdel, dueño de esta posada.

FALOU. El mismo, para serviros, señor.

TRISTÁN ¡Pues lo siento por ti! Corres el riesgo de morir ahorcado.

FALOU. ¡Morir ahorcado yo! ¡Un fiel servidor de nuestro egregio rey!

TRISTÁN Que mandará ahorcarte por albergar en tu casa a sus enemigos, que también lo son de Dios y de la Francia.

FALOU. ¡Jesús mil veces! ¡En mi casa a los enemigos del rey! ¡No lo creáis! Antes permitiría que me robaran hasta el último sueldo parisién.

TRISTÁN ¿Viene aquí con frecuencia una gitana que trae consigo al diablo en forma de cabra, con sus cuernos y pezuñas dorados?

FALOU. ¡El diablo en forma de cabra! ¡No os habréis fijado bien! ¡En forma de macho cabrío será, sin duda!

TRISTÁN ¿Conque afirmas?...

FALOU. ¡No! ¡Nada afirmo! Pero esa gitana, si bien ronda por estas cercanías, no ha entrado jamás aquí.

TRISTÁN ¿No ha entrado?...

FALOU. Y eso que, a más de la cabra, la sigue otro diablo.

TRISTÁN ¡Otro diablo!

FALOU. ¡Sí! ¡El clérigo maldito! Tres noches ha que se le ve aparecer.

TRISTÁN Pues esta noche, la gitana vendrá aquí, acompañada de un capitán de arqueros.

FALOU. (¡Otro diablo, y van tres!) ¿Y qué hay que hacer, entonces?

TRISTÁN Avisar a la patrulla, que a mis órdenes rondará esta noche.

FALOU. Descuidad, señor.

TRISTÁN Cuento con tu discreción.

FALOU. Podéis contar... ¡ya lo creo!

TRISTÁN Sólo así te libras de la horca. (Vase.)

ESCENA IV

FALOURDEL, luego CLAUDIO

FALOU. ¡El diablo en mi casa! Mal parroquiano, porque no paga. ¡Ay! No me llega la camisa al cuerpo... Voime a la despensa. (Aparece Claudio Frollo.) ¡Jesucristo! ¡El fantasma!

CLAUDIO ¿Yo el fantasma? ¿No me conoces?

FALOU. ¡Pues por eso tiemblo! Sois el clérigo maldito.

CLAUDIO ¡Toma! (Le ofrece una moneda.)

FALOU. ¡Valiente tonto fuera si aceptara! ¡Salid de buen grado, o si no!...

CLAUDIO Si no, ¿qué?

FALOU. Me obligaréis a que os haga la señal de la cruz.

CLAUDIO Toma este escudo, repito.

FALOU. ¿Para que se convierta después en una hoja seca?... Muchas gracias.

CLAUDIO ¡Tómalo o no; obedece! (Tira la moneda sobre una mesa.) El teniente te amenazó con la horca; pues yo...

FALOU. Vos me amenazáis con el infierno... ¡Ya lo supongo!

CLAUDIO Yo, con la hoguera.

FALOU. ¡Da lo mismo!

CLAUDIO Por lo tanto, óyeme.

FALOU. ¡Aunque no quiera!

CLAUDIO No tardará en llegar la gitana; la invitarás a que entre, diciéndole que la espera su Febo.

FALOU. (¡Su Febo! ¡Este será el cuarto diablo!)

CLAUDIO Ella entrará sin recelo, y tu te pondrás en acecho esperando la llegada de cierto capitán de arqueros... Le impedirás que llegue hasta aquí, pues le han tendido un lazo que causará su muerte.

FALOU. Pero si el capitán no hace caso del aviso, entonces ¿qué?

CLAUDIO Entonces... ¡morirá!

FALOU. ¡Cáspita! (Lo mejor será avisar al teniente.)

CLAUDIO ¡Ahora, obedéceme! ¡Anda!

FALOU. (¡Todo esto es cosa del diablo y el diablo que lo entienda!) (Vase.)

ESCENA V

CLAUDIO solo

CLAUDIO ¡Que no acuda a la cita y se salva! Pero si, a pesar del aviso, se empeña en entrar... ¡culpa suya será! ¡Nadie sospechará de mí... Hasta la superstición del hostelero viene en mi ayuda, pues la acrecentará el hallar en lugar de la moneda, esta hoja seca que el viento trajo hasta aquí. (Recoge una hoja seca y la deja encima de la mesa en lugar de la moneda.) Pero ¿quién llega? ¡Ellos son! El infierno quiere mi condenación y su muerte. ¡Sea pues! (Se oculta.)

ESCENA VI

CLAUDIO oculto, ESMERALDA y FEBO

FEBO ¡Nada receles, hermosa mía! Nadie nos ha visto entrar. Hasta el mismo Falourdel ignora que cuenta entre sus huéspedes a la mujer más seductora que vió el sol en París.

ESMER. Sois muy galante conmigo; pero yo sé bien que lo que hago está mal hecho.

FEBO ¿Mal hecho? ¡No lo creas!

ESMER. Yo no debía venir aquí... No lo quiere el buen Dios, el único Dios.

FEBO El tuyo tal vez no; el mío te absuelve.

ESMER. Es que quebranto un voto. Cayendo en vuestros brazos, ya no hallaré a mis padres, y si acaso los hallo, sólo será para morir, pues mi amuleto perderá su virtud.

FEBO ¿Tu amuleto?

ESMER. ¡Como si lo fuera! Una crucecita de oro que la mujer que creí mi madre puso sobre mi pecho. ¡Pero, decís bien!... ¿Qué necesidad tengo de mis padres teniéndoos a vos?... ¡Vos lo sois todo para mí!

FEBO ¡Esmeralda! ¡Te amo!

ESMER. ¡Conque es verdad, Dios mío!... Este es el momento en que fuera dicha morir.

FEBO ¿Morir? ¿En el momento más feliz de mi vida hablas de morir?... ¡No, angel mío! ¡Vivir! ¡Vivir siempre a tu lado!

ESMER. Insuperable barrera nos sepera.

FEBO Para el verdadero amor no existen barreras.

ESMER. ¡Decís bien! Quiero que me instruyáis en vuestra religión, que debe ser también la mía, la de mis padres, pues de mi cuello

pende esta cruz. Así, nada se opondrá a nuestra dicha.

FEBO ¡Nada, Esmeralda! Pero debemos partir a ocultar nuestro amor lejos de aquí.

ESMER. ¡El mundo es muy grande! De niña he recorrido gran parte de él... Llevadme lejos... ¡Pero, no! No es justo que por mí abandonéis los honores con que os brinda la Corte... ¡No, Febo mío! ¡No lo consentiré jamás!

FEBO ¿Qué importa lo que pierdo si es a cambio de tu amor?

ESMER. ¡No! Yo no quiero labrar vuestra desgracia! ¡Amadme siempre! Eso es sólo lo que puedo exigiros... ¿Yo, vuestra esposa? ¡No! ¡Eso fué un sueño...! ¡Vuestra esclava, sí! ¡Eso mientras viva! (Se abandona en sus brazos.)

FEBO ¡Esmeralda! ¡Esmeralda! ¡Amor mío!

CLAUDIO (No puedo resistir ya más. En vano lucho conmigo mismo... El infierno lo quiere... ¡Sea pues! (Hiere a Febo por la espalda.)

FEBO ¡Ay!

ESMER. ¡Dios mío! ¡Ah! ¡Él! (Viendo a Claudio. Claudio apaga el velón y desaparece por el foro. La escena queda a obscuras.) ¡Miserable! ¡Ha asesinado a mi Febo...! ¡Socorro! ¡Aquí! ¡Luces! ¡Socorro!

ESCENA VII

ESMERALDA y FEBO. Llegan JUAN, BELLEVIGNE y estudiantes con luces. Luego FALOURDEL, TRISTÁN y arqueros

JUAN ¡Piden socorro! ¿Quién será?

ENER. ¡Luces! ¡Socorro!

BELL. ¡Un arquero asesinado! (Se ilumina la escena.)

JUAN (¡Y no es mi hermano!)

ESMER. ¡Un clérigo miserable penetró hasta aquí para asesinarle!

JUAN (¡Un clérigo!... ¡Diantre!)

BELL. (Después de reconocerle.) ¡Es Febo de Chateaupers! ¡Bien, Esmeralda! Has vengado a tu primo Bartijé.

ESMER. ¿Yo?

FEBO ¡Tú! ¡Oh! ¡Esto es un sueño!

ESMER. ¡Yo asesinaros! ¡Yo! ¡Esto es un delirio!

BELL. ¡Bien, Esmeralda! Eres una heroína.

ESMER. ¡Ah! ¡No lo creáis! ¡No lo creáis!

BELL. ¿A qué fingir ya? ¡Nos perteneces! La Corte de los Milagros vendrá en tu ayuda.

FEBO ¡Yo muero, Esmeralda! Te has vengado de mí... ¡yo te perdono! (Queda inmóvil.)

ESMER. ¡Muerto! ¡Febo! ¡Febo mío!

BELL. ¡Sálvate, Esmeralda! Aun es tiempo.

ESMER. ¿Qué me importa la vida sin la suya? (Entran Maese Falourdel, Tristán l'Hermite y arqueros.)

BELL. ¡Los arqueros! ¡Maldición!

TRISTÁN ¿Qué voces eran esas? ¿Quién pedía socorro?... ¡Ah! ¡El capitán! ¿Qué?... ¡Muerto tal vez!

ESMER. ¡No ha muerto, no! Su muerte fuera la mía.

TRISTÁN ¿Con que fuiste tú, maldita?... ¡Tú!

ESMER. ¿Yo? ¡Oh, no! ¡No lo creáis!...

TRISTÁN Si aun está en tu mano el puñal homicida. (El que arrancó Esmeralda de la herida. Al reconocerlo lo arroja.)

ESMER. ¡Cielos! ¡Mi puñal!

TRISTÁN (A los arqueros.) ¡Llevadla! ¡Es una hechicera! Hechiza a los amantes para beber su sangre.

ESMER. ¡Yo! ¡Yo! ¡Dios mío!

TRISTÁN ¡Llevadla pronto!

ESMER. ¡Febo! ¡Mi Febo! ¡Febo mío! (Se la llevan a viva fuerza.)

BELL. ¡Condenación!

JUAN Pero ¿por dónde andará mi hermano? (Vanse todos menos Maese Falourdel.)

MAESE ¡No me engañé! ¡Era el clérigo! ¡El clérigo maldito! ¡El diablo en carne y hueso!... ¡He aquí la prueba... el escudo convertido en una hoja seca!... (Se santigua.) En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... ¡Vade retro, Satanás!

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Calle inmediata a la plaza del Atrio de Nuestra Señora. El arco bizantino con que termina la calle impide al espectador ver las altas torres de la Catedral, viéndose solamente, al foro, la parte baja de la fachada.

ESCENA PRIMERA

Hombres y mujeres del pueblo, entre ellos PEDRO GRINGOIRE. Luego BELLEVIGNE

PEDRO ¡Ninguno de los de la Corte de los Milagros acude a la cita! Clopin brilla por su ausencia, y el tiempo avanza... ¡Pobre Esmeralda! ¡Condenada a morir en la horca!... Pero aquí viene Bellevigne.

BELL. ¡Cómo! ¿Aquí todavía? ¿Cómo no estás en tu puesto?

PEDRO ¡Mi puesto! ¿Pero cuál es mi puesto?

BELL. Perteneces al Egipto, y no es aquí donde está apostado, sino en la otra plaza.

PEDRO Lo sé; pero Clopin díjome que esperase aquí sus órdenes.

BELL. ¡Eso es diferente! Si Clopin lo dijo, sus razones tendrá. ¿Y cómo va este valor?

PEDRO ¡No sé! Esta es la primera vez que ando metido en esos lances.

BELL. Pues en otros peores te verás.

PEDRO Si al fin lográramos salvarla...

BELL. ¡No lo dudes! El Egipto, la Galilea y la Germania andan en la refriega. Todos estamos orgullosos de nuestra heroína y no es justo abandonarla.

PEDRO ¡Oh, sí! ¡Fué una heroína! ¡No hay duda! Trabajo me cuesta creerlo... ¡Fingirse apasionada del capitán para vengar la muerte de Bartijé!... ¡Oh! Esmeralda debiera haber nacido en los tiempos de la antigua Grecia.

BELL. No levantes tanto la voz... Si alguno te oyera...

PEDRO Es que uno se entusiasma al pensar que...

BELL. ¡Chitón!

PEDRO ¡Pues, señor! No las tengo todas conmigo.

BELL. Aquí llega nuestro nuevo acólito.

ESCENA II

Dichos y JUAN que cruza la escena sin fijarse en los interlocutores. Luego CLOPIN

BELL. ¡Eh! ¡Tú! ¡Estudiante del diablo...! ¡Sí! ¡Es a vos!

JUAN ¡Ah! ¿Eres tú, Bellevigne?

BELL. Sí; yo y Gringoire.

JUAN Perdonad que no os viera al cruzar la plaza... ¡Ando tan distraído estos días!...

BELL. ¿Pero qué te pasa?... Vas taciturno...

JUAN ¡Qué quieres! Al pensar que si no logramos salvar a Esmeralda morirá inocente...

BELL. ¡Inocente!

JUAN ¡Sí! Ella no hirió al capitán.

PEDRO Es lo que pienso muchas veces .. ¿Cómo podía ella...

BELL. ¡Bah! ¿Vais a creer, como cree el vulgo, que todo fué por arte de magia?

JUAN Lo que repito es que Esmeralda es inocente de cuanto se la acusa.

BELL. ¡No lo creas! Hasta el mismo capitán, curado de su herida, tuvo que rendirse a la evidencia cuando con sus declaraciones pretendía salvarla.

JUAN ¡Sé quién fué el asesino!

BELL. Entonces se salvó Esmeralda. ¡Aun es tiempo!

JUAN Nadie daría crédito a mis palabras, además que yo no puedo acusar... ¡Sólo reclamo para mí el sitio de más peligro!

CLOPIN (Apareciendo.) ¡Y lo tendrás! Está seguro de ello.

PEDRO. ¡Clopin!

CLOPIN ¡Nadie pronuncie aquí mi nombre! Ya no hay esperanza. El rey, a quien se creía camino de París, está en Lyon todavía. El capitán, que consintió en casarse con Flordelisa contando con la gracia del rey, no llegará aquí hasta después de dos días... Sólo nosotros podemos salvarla.

PEDRO. ¡Y la salvaremos! Yo, por mi parte...

CLOPIN Hoy soy vuestro gran mariscal. Tú, Juan, te apostarás en esta calle, en casa de Robin. (Al decir en esta calle señala la que forman los últimos bastidores de la derecha.) Los de Galilea y los de la Germania estarán aquí apostados, a mis órdenes. Los del Egipto, en la plaza vecina guardarán la otra bocacalle. Al pasar Esmeralda frente a la casa de Robin se oirá por tercera vez el canto de un gallo; ¡esta será la señal! Los apostados allí darán cuenta del verdugo y de sus ayudantes. Los frailes y los curiales no podrán defenderlos, y el Egipto cuidará que no lo haga el piquete de suizos que abre la marcha, mientras nosotros caemos de improviso sobre los arqueros que van a retaguardia. La casa de Robin tiene otra salida, por la que se salvará a Esmeralda. Allí, nuestras mujeres bastarán para defenderla y conducirla a mi Corte, y una vez allí, a ver si se atreven con ella los pe-

rros de mi colega Luis, y ¡ay de ellos si lo intentan! La Corte de los Milagros tiene sus fueros, y éstos son la muerte de quien ose hollarlos.

BELL. ¡Bien, Clopin! ¡Eso os rejuvenece!

CLOPIN Eso me transporta a mis mejores tiempos. ¡Se salvará Esmeralda!

PEDRO. Sí, se salvará, y yo compondré una epopeya de tan sublime hazaña.

CLOPIN La plaza va llenándose de curiosos. Cada uno a su puesto.

JUAN Y después, ¡a luchar!

CLOPIN ¡Sí! ¡A luchar! Tú no te alejes, Gringoire. ¡Probarás tu valor con los de Germania y Galilea!

PEDRO ¡Es lo que deseo! Dicen que los poetas no somos valientes. Yo probaré lo contrario. (Vanse Clopin, Juan y Bellevigne.)

ESCENA III

PEDRO GRINGOIRE. Luego GERVASIA y MAHIETA

PEDRO ¡Estas cosas pasan sólo una vez en la vida! ¡Oh! ¡El plan de mi epopeya germina en mi mente! ¡Bien dijo mi madre al decir que yo había nacido para grandes empresas! (Desaparece entre la muchedumbre.)

MAHIET. (Saliendo con Gervasia.) Hay aquí reunida mucha gente.

GERVA. Como que aquí se retractará públicamente. Estas retractaciones se hacen siempre al sonar las doce campanadas del medio día, y no habrá que esperar mucho.

MAHIET. Será una ceremonia emocionante.

GERVA. ¡Ya lo creo! Como que, conforme a los deseos de monseñor el Deán, se despliega en esta retractación un lujo inusitado, como si se tratara de un príncipe.

MAHIET. Y sólo se trata de una gitana. (Murmullos

dentro.) Pero esos murmullos... (Oyense doce campanadas.)

GERVA. ¡Y esas campanadas!... Se acerca la comitiva. (Abrense las puertas del templo y óyense dentro los salmos siguientes:)

I

De ventri inferi clamavi et exaudisti anima mea.

II

Et profesisti in profundum in cordi maris, et flumen circundavit me.

(Aparece en el umbral del templo Claudio Frollo revestido de pontifical, seguido de dos acólitos con cruz alzada y acompañamiento de sacerdotes.)

VOCES ¡Ya llega la comitiva!

OTRA ¡Muera la hechicera!

OTRA ¡A la horca los gitanos! (Llega, en efecto, la fúnebre comitiva. Primero, un piquete de guardias suizos, con sus alabardas; siguen los frailes bernardinos, en procesión; los curiales y gente de policía; después el verdugo, precediendo a Esmeralda, sostenida por los ayudantes del primero. Un piquete de arqueros al mando de Tristán cierra la marcha. Al llegar Esmeralda delante de la Catedral, desatan sus manos; ella levanta los ojos, y al fijarlos en Claudio, exclama:)

ESMER. ¡Siempre! ¡Siempre el mismo sacerdote! (Un fraile bernardino entrega a Esmeralda un cirio de cera amarillenta, encendido. Cesa el canto de los salmos. Claudio Frollo y acompañamiento avanzan hasta Esmeralda, que permanece arrodillada.)

CLAUDIO ¡Penitenta! Estás acusada de haber tenido pacto con el diablo, de asistir a los Sábados, de no creer en Dios, en su Santísima Madre, ni en nuestra santa Iglesia; yo, en nombre de ese excelso Dios del que abominaste, te conjuro a que hagas confesión pública de tus errores y te retractes, también públicamente, de tus falsas creencias. ¡Acusada! ¿Abominas de tu pasado?

ESMER. (Obligada por dos frailes bernardinos.) ¡Sí! ¡Abomino!

CLAUDIO ¿Crees en Dios, Uno y Trino, Creador de todo lo creado, en la virginidad de su divina Madre, en nuestra santa Iglesia y en la vida perdurable?

ESMER. ¡Sí! ¡Creo! (También obligada.)

CLAUDIO Dios te absuelva de tus pasados errores.

ESMER. ¡Amén! (Obligada también.)

CLAUDIO Ahora, joven sentenciada, yo, un humilde sacerdote, oiré tus culpas en confesión. (Se separan de ella los que la cercaban excepto Claudio.)

ESMER. ¡Vos mi confesor! ¡Dios no oyó mis súplicas!

CLAUDIO (A Esmeralda.) ¡Aun es tiempo! ¡Tengo en mi poder el perdón real! ¡Una palabra y te salvas!

ESMER. ¡Vete, demonio! ¡Vete, o te denuncio!

CLAUDIO ¡Fuera en vano! Nadie daría crédito a tus palabras... La gente se encandalizaría por ellas, y tu te harías aun más odiosa. Sólo te salvas siendo mía. El padre santo anularía mis votos

ESMER. ¡Tuya! ¡Tuya! ¿Yo del asesino de Febo? ¡Jamás!

CLAUDIO ¡Piénsalo bien! ¡Es tiempo todavía!

ESMER. ¿Qué ha sido de él? Di, ¿qué ha sido de mi Febo?

CLAUDIO ¡Murió!

ESMER. ¡Muerto él, nada me queda ya en el mundo!

CLAUDIO Muere, pues que así lo quieres... No serás mía, pero no serás de otro. (Y alzando la mano sobre la cabeza de Esmeralda continúa como dándole la absolución.) *Et nunc ánima anceps, et sit tibi deus misericors.* (Esta era la fórmula con que se entregaba el reo al verdugo. Los sacerdotes vuelven al templo, ciérranse sus puertas, quedando solamente abierto el postigo, por el que aparece Cuasimodo.)

ESMER. ¡Perdonadme, Vos, Señor Omnipotente!

¡Oid mi confesión! ¡Creo en Vos! ¡Nuestra Señora, perdón) ¡Perdón, Señor) (Los verdugos se apoderan otra vez de ella, volviendo a atar sus manos, mientras Cuasimodo baja las gradas del templo, y arrojándose sobre los verdugos los derriba, apoderándose de Esmeralda, y con ella en brazos se dirige al interior del templo gritando:)

CUAS. ¡Asilo! ¡Asilo!

TRISTÁN (Viendo el arrojo del campanero e intentando impedir que llegue al templo.) ¡A él, arqueros! ¡Herid sin compasión! (Los arqueros están prontos a avanzar, pero los truhanes se oponen a su paso.)

CLOPIN ¡A ellos! ¡Germania y Galilea! No avancéis un paso.

TRISTÁN ¡Avanzad! ¡Abríos paso entre la canalla!

ARQ. ¡Está en sagrado, señor!

TRISTÁN ¡Cobardes! ¡Maldición! (Arroja su espada.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

Amplio corredor en Nuestra Señora. La celda de los suplicantes en primer término derecha. Al foro una capilla. Una salida secreta.

ESCENA PRIMERA

CUASIMODO y ESMERALDA

CUAS. (Que llega por la derecha y llama a la puerta de la celda.) ¡Esmeralda! ¡Esmeralda! ¡Soy yo! ¿Queréis algo?

ESMER. (Dentro.) No, amigo mío. No quiero nada.

CUAS. ¡Adiós, Esmeralda! (Medio mutis.)

ESMER. (Apareciendo.) ¿A dónde vais? ¿Por qué os alejáis de mi?

CUAS. Porque el verme os causa horror, y yo no quiero que nada os aflija.

ESMER. ¡No! Quedaos.

CUAS. ¿Yo?

ESMER. ¡Quedaos! Es tan triste esta soledad...

CUAS. Es forzoso que permanezcáis aquí. Aquí estáis en sagrado.

ESMER. No es mi reclusión lo que más horror me inspira, sino ese clérigo, que me persigue por todas partes.

CUAS. ¡Nada temáis mientras yo viva!

ESMER. ¡Oh! ¡Cuánto os debo!

CUAS. ¡No! Yó os soy deudor todavía.

ESMER. ¿Vos?

CUAS. Sí, yo; un miserable que intentó raptaros una noche, y, no obstante, lo socorristeis

vos al día siguiente en la picota... ¡Ah! ¡La compasión que os inspiré, el agua que aplacó la sed que me abrasaba, es lo que os debo, y que ni con cien vidas podría pagaros!

ESMER. ¡Pobre Cuasimodo!

CUAS. ¡Pobre, sí! ¿Qué soy yo comparado a vos?... Soy horrible, y vos sois tan hermosa...

ESMER. (Mirándolo fijamente y sospechando la pasión que le inspira.) ¡Ah! ¿Por qué me salvasteis, Cuasimodo?

CUAS. ¿Por qué? Por lo mucho que os debo... Por vos he sabido que bajo esta corteza deforme late un corazón... Yo no soy el mismo que era antes de que mis ojos se fijasen en vos... Antes, las campanas de la torre de esta catedral eran mi única pasión... Yo hablaba con ellas, y ellas, en su lengua de metal, me respondían... «¡Vuela!», les decía!... «¡Vuela, Gabriela! ¡Hoy es día de fiesta! ¡No tengas pereza, Tiboulet, que te quedas atrás! ¡Bien, Gabriela! ¡Suena fuerte! ¡Más fuerte todavía...» Y ellas me respondían: «¡Gracias, Cuasimodo!... Tú nos quieres bien... ¡No nos quieres ver enmohecidas!...» Pero de repente dejaba yo vagar mi mirada y os veía en la plaza desplegando el tapiz en que se sentaba la cabrita... ¡Oh! Entonces..., entonces enmudecían las campanas, y yo me acurrucaba en uno de los aleros, y, fija mi mirada en vos, me olvidaba de todo..., hasta de Dios, para pensar en vos solamente, y sentía... sentía... ¡Ah, Esmeralda! ¡Perdonadme! No hagáis caso de mis palabras. ¡Es que estoy loco!... ¡No sé lo que me digo!

ESMER. ¡Cuán hermosa es vuestra alma!

CUAS. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Dios os premie el bien que me hacéis! Dejad que de rodillas bese vuestros pies.

ESMER. ¡Oh, no! ¡Levantaos!

CUAS. ¡Perdón, Esmeralda! ¡Ahora comprendo

bien la repugnancia que debo inspiraros! ¡Pero oidme! Hay en Nuestra Señora torres tan altas que al precipitarme de ellas moriría antes de llegar al suelo... ¡Pues bien! Una palabra vuestra bastará para acabar así mi vida de una vez.

ESMER. ¡Oh, no, Cuasimodo!

CUAS. Yo no debo permanecer más aquí... Pero ¡por Dios! vuelvo a recomendaros que ni bajéis siquiera a la iglesia a no ser de noche... Si durante el día queréis orar, está abierta para vos esta capilla... No me veréis aquí no siendo necesaria mi presencia, pero aun así, velaré siempre por vos.

ESMER. ¡Oh! ¡Cuasimodo!

CUAS. ¡No! Ni una palabra más... ¡Adiós, Esmeralda! (Vase.)

ESMER. ¡Oh cuerpo deforme! ¡Materia vil que cubre el corazón más noble... más hermoso!... No sé qué siento en presencia de ese hombre... Si su cuerpo me es repulsivo, su espíritu me atrae... ¡Ah! ¡Esa capilla! ¡Necesito orar!... ¡Orar continuamente! ¡Que Dios tenga piedad de mí!... ¡Oh, compasión! ¡Señor! ¡Misericordia! (Entra en la capilla.)

ESCENA II

ESMERALDA en la capilla. CLAUDIO por la puerta secreta

CLAUDIO Nadie me ha visto entrar en la catedral... ¡Oh! Siempre huyendo hasta de mi conciencia, que me persigue con tenacidad implacable. ¡Tú lo quisiste, Esmeralda! En vez de la dicha para ambos has preferido para ti la muerte y para mí la desesperación y el remordimiento. ¡Ver constantemente tu sombra doquier vuelva los ojos!... Pero aquí no me persigue tu espectro... La Virgen se apiadó de mí. ¡Gracias, Virgen

Santa! (Se dirige a la capilla, pero retrocede con horror. ¡Oh! ¡Aquí también! ¿Hasta el pie del altar me persigues, cruel?... Grande fué mi crimen, pero no tanto que no pueda borrarle el arrepentimiento.

ESMER. (Avanzando lentamente) ¡Siempre tú, clérigo execrable! ¿Es que has de perseguirme mientras viva?

CLAUDIO ¿Mientras vivas dices?... ¡Oh! ¡Que lo oiga otra vez!... Si no eres un espectro, ¡cómo te hallo aquí?

ESMER. Porque Dios ha sido clemente hasta contigo, y quiso librar tu conciencia del peso de tan horrible crimen.

CLAUDIO ¿Pero esto es real y verdadero? ¿No delira mi mente? ¡Ah! ¡Dices bien! ¡Dios no pudo querer tu muerte! ¡Tan joven! ¡Tan hermosa!

ESMER. ¡Calla! ¡Calla! Que no oiga tales palabras de tu boca... ¡Déjame! ¡Me causa horror el verte.

CLAUDIO ¡Pues es forzoso que me oigas! ¡Hazlo por mi salvación! ¡Por la tuya!

ESMER. Concluye de una vez; pero sé breve.

CLAUDIO Tú sufres, pero ¿qué es tu tormento comparado al mío? ¡Yo llevo la noche en mi corazón! Sentado en el banco de los inquisidores, cubierto con mi capucha de eclesiástico, asistí a tu interrogatorio. Vi como la mano infamante del verdugo te despojaba de tus vestidos... Entonces, bajo mi negro sudario, empuñaba un acero... A un grito tuyo, arrancado por el tormento, lo clavé en mis carnes... Otro grito, a durar la prueba, el puñal hubiera llegado al corazón.

ESMER. ¡Ni una palabra más! ¡Me torturas el alma!

CLAUDIO Aun puedo salvarte. ¡Ven! ¡Sígueme!

ESMER. ¡Calla! ¡Calla! ¡Mira que aun tienes sangre en tus uñas!

CLAUDIO ¡Ultrájame! ¡Haz burla y befa de mí!... ¡Mátame si quieres; pero no olvides que la

horca está pronta, y sólo yo puedo librarte de ella... Cuando lo haya logrado tal vez me quieras... ¡Ven! ¡No vaciles! ¡Sálvate, y sálvame a mí a la vez!

ESMER. ¡Murió mi Febo!

CLAUDIO Este nombre fué causa de tu perdición y de la mía... Tu Febo ya no existe.

ESMER. ¿Entonces para qué quiero la vida?...¡Huye de mí, asesino! Vete, o te escupiré al rostro.

CLAUDIO ¡Envilecerme! ¡Escarnecerme! ¡Haz de mí lo que quieras! ¡Al fin tendrás piedad de mí!

ESMER. ¿Piedad de ti? ¡Jamás!

CLAUDIO ¡Si de mí no la tienes, no la tendré de ti (Avanza hacia ella.)

ESMER. ¡Socorro! ¡Socorro!

CLAUDIO ¡Grita! ¡Grita! ¡Ni el cielo vendrá en tu ayuda! (La aprisiona en sus brazos.)

ESCENA III

Dichos y CUASIMODO

CUAS. (Interponiéndose.) ¡Vendrá el infierno!

ESMER. ¡Oh! ¡Cuasimodo!

CLAUDIO ¡Tú! ¡Tú!

CUAS. ¡Yo! ¡Sí!

CLAUDIO ¡Desgraciado! ¿Olvidas cuánto me debes?

CUAS. No lo olvido, porque de olvidarlo, vuestro cuerpo habría ya pasado por entre los barrotes de la reja de la celda.

CLAUDIO ¡Maldito seas!

CUAS. ¡Mientras yo viva, nadie osará acercarse a ella! ¿La queréis para vos? Aquí está mi puñal: matadme antes. (Arroja su puñal, Claudio intenta apoderarse de él, pero lo logra antes Esmeralda.)

CLAUDIO. ¡Oh!... ¡Condenación!

ESMER. (Amenazándole con clavarle el puñal.) ¡Acércate si te atreves!

CLAUDIO ¿Para qué? Sería luchar en vano... Queda-

ría vencido, y yo he de vencer, más tarde si quieres, pero venceré.

CUAS. ¡Jamás viviendo yo! ¡Y ahora, oidme! Me librasteis de la muerte, fuísteis un padre para mí, y esto os salva! ¡Pero procurad que no se borre de mí este beneficio!

ESMER. ¡Por piedad, Cuasimodo!

CUAS. ¡Soy un monstruo de fealdad, ya lo veis!... ¿Quién me dió el ser? Forzosamente otro monstruo, aunque monstruo de distinta naturaleza... Un monstruo de maldad, de libertinaje, y éste bien pudierais haber sido vos.

CLAUDIO ¿Yo?

CUAS. Ved aquí lo que me contiene, lo que os salva... Pero haced que no vea yo claro el misterio de mi vida... Si no sois mi padre, procurad que no se borre de mí la gratitud que os debo.

CLAUDIO Nada me importa que la olvides.

CUAS. ¡Salid! ¡Salid, monseñor!

CLAUDIO ¿Salir, yo?...

CUAS. (Con ademán amenazador.) ¡Sí! ¡Vos!

CLAUDIO ¡Saldré, sí! pero ¡ay de vosotros!... ¡Ay de ti, Esmeralda!

CUAS. ¡Salid! (Vase Claudio primer término derecha)

ESCENA IV

CUASIMODO y ESMERALDA

CUAS. ¡Ya estáis libre de él! ¡Ahora partiré yo!

ESMER. ¡Quedaos! ¡Os lo ruego!

CUAS. ¡No! Dejad que me retire... Os causo repugnancia... y...

ESMER. ¡No! ¡Ya no! ¡Vuestra alma se os transparenta en el rostro y es muy hermosa!

CUAS. Me quedaré. Pasaré mi vida tendido a vuestros pies, como un perro leal, lo que para mí será una dicha...

ESMER. Estaréis a mi lado como un hermano querido que vela por su hermana.

CUAS. ¡Ah! ¡Si no debiera la vida a ese hombre, a ese miserable!...

ESMER. Más miserable aún de lo que presumís.

CUAS. ¿Qué? ¿Puede serlo aun más todavía?

ESMER. ¡Sí! ¡Sabedlo, Cuasimodo! Soy inocente del homicidio que se me imputa. . El asesino de Febo es ese hombre... Ese clérigo.

CUAS ¡Oh! ¡Lo presumía! ¡Ah! ¿Por qué su vida ha de ser sagrada para mí?

ESMER. Pero ese crimen no puede quedar impune... Si mi Febo viviese.

CUAS. ¿Si viviese, decís? ¡Si no ha muerto! ¡El capitán vive!

ESMER. ¿Vive, decís? ¡Oh! ¿Es cierto? ¡Ah! ¡Cuánto gozo experimenta mi alma!

CUAS. ¡Vive, sí! Quiso alcanzar para vos el perdón del rey; pero, sabedlo: no os ama ya... o a lo menos procura olvidaros. Cree que vuestro amor fué un lazo que le tendisteis.

ESMER. ¿Eso cree de mí? ¡Ah Señor! ¿Dónde está tu justicia? ¡Es mucha tu crueldad con esta desgraciada!... ¡Ah! ¡Yo no puedo vivir aborrecida del que tanto amo!... ¡Quiero volar a su lado... convencerle!

CUAS. ¿Salir de aquí? Eso sería la muerte para vos.

ESMER. ¿Y qué es la muerte comparada con este suplicio? ¡Quiero salir! ¡Lo exijo!

CUAS. ¡Esmeralda! ¡Por el cielo! ¡Desistid de esa idea!

ESMER. ¡Jamás desistiré!

CUAS. Puesto que os obstináis, saldréis de aquí, pero cuando haya completamente anochecido, y por un paso secreto y subterráneo. Yo os seguiré para defender vuestra vida o morir por vos, si fuese necesario.

ESMER. ¡Qué alma tan noble! A ser libre mi corazón, ¡cuánto os amaría!

CUAS. ¿Amarme vos? ¿Vos, criatura angelical, amar al tuerto, al patizambo y jorobado Cuasimodo? ¡No! Esto es un sueño. Vos

sois sólo una visión... una sombra que no me atrevo a tocarla para que no se desvanezca.

ESMER. ¡No, Cuasimodo! ¡No es esto un sueño!... ¡No soy una visión! ¡Soy yo! ¡Soy Esmeralda!

CUAS. ¡No puedo creerlo, no! ¡Señor! Una prueba que me convenza de que esto es realidad, que no es vana quimera... (Esmeralda le besa en la frente. Cuasimodo se arroja a sus pies exclamando:) ¡Ah! ¡Esmeralda! ¡Esmeralda! (Pausa. Oyense voces y rumor de lucha.) ¡Cielos! ¡Ese rumor!

ESMER. ¡Oh! ¡Cuasimodo!...

CUAS. ¡Esos murmullos! ¡El choque del hierro contra el hierrc!...

ESMER. ¿Qué? ¿Teméis acaso?

CUAS. ¡Temo perderos! ¡Perderos para siempre!

ESMER. ¡Oh!

CUAS. Pero yo sabré... Entrad en vuestra celda, encerraos en ella y no abráis la puerta a nadie sino a mí.

ESMER. ¡Dios poderoso!

CUAS. ¡El rumor aumenta! ¡Oh! Entrad al punto.

ESMER. ¡Ah! ¿Qué me importa la vida?

CUAS. ¡Esmeralda! (Reconvención.)

ESMER. ¡Perdonad! ¡Quiero vivir sólo para vos! (Entra en su celda.)

CUAS. ¡Ahora, Señor, no nos desampares! (Vase por la izquierda,)

ESCENA V

CLAUDIO con hábito de monje, impidiendo la cogulla ver su rostro. Luego PEDRO y LONGUEJONE

CLAUDIO (Después de dirigirse a la puerta de la celda, que halla cerrada.) ¡Cerrada! ¡Inútil precaucion! ¡Débil cerrojo! ¡La voluntad del Parlamento te pone otra vez en mi poder!... Pero alguien se acerca... ¿Si habré llegado tar-

de?... ¡No! No son arqueros los que vienen... ¿Qué les traerá aquí?... ¡Malditos sean! (Se oculta en la capilla.)

LONG. (Saliendo con Gringoire.) ¡Aquí está la capilla! Esa será, sin duda, la celda de los suplicantes.

PEDRO Pero, vamos a cuentas, amigo Longuejone: ¿qué te propones?

LONG. Sacar de aquí a Esmeralda, aun es tiempo.

PEDRO *¡Malus malorum!* Eso sería apresurar su muerte, pues si no contáis con alas, como los pájaros, vais a hacerme viudo prematuramente.

LONG. En esta catedral hay salidas secretas.

PEDRO Seguramente; pero ¿quién va a guiarnos por estos laberintos?

CLAUDIO Yo. (Presentándose.)

LONG. ¿Vos?

PEDRO ¡Un clérigo!

LONG. ¿Vos protegeréis la fuga de Esmeralda?

CLAUDIO Sí, pero a condición de que ni ella misma sepa que un sacerdote vino en vuestra ayuda.

LONG. Fiad en nosotros.

CLAUDIO (Abriendo la puerta secreta.) Esta es la salida. Conduce hasta más de media legua de distancia de aquí. Va a la casa de los duendes.

PEDRO ¡La casa de los duendes! ¡Jesucristo!

LONG. Continuad.

CLAUDIO (Dándole una llave.) Esta es la llave de la puerta roja.

PEDRO ¡Pero si esa puerta es la boca del infierno!

CLAUDIO ¡Superstición! Sólo superstición... Sabed que soy amigo del capitán Febo y que así cumplo sus órdenes.

PEDRO ¡Ah! Bien decía yo...

CLAUDIO Y ahora oidme, Gringoire. El perdón de Esmeralda ha sido otorgado por el rey; pero la cédula real no llegará hasta después de haber anochecido; a esas horas

Esmeralda debe esperar al capitán, según costumbre, en la plaza de la Grève...

PEDRO En la plaza de la Grève... Allí donde se... (Ademán de ajusticiar.)

CLAUDIO ¿Qué importa, si antes habrá llegado el perdón?... Esta es la voluntad de su amado Febo.

PEDRO En tal caso...

CLAUDIO Nada más debo deciros; pero pensad, que en estos momentos, una indiscreción la pierde y nos perdería a todos. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

PEDRO GRINGOIRE, LONGUEJONE, luego ESMERALDA

PEDRO ¿Qué decís a eso, amigo Longuejone?

LONG. Que ese clérigo nos viene como llovido del cielo.

PEDRO Opináis...

LONG. ¡Esta es la celda! Prevenid a Esmeralda, llamadla.

PEDRO (Llamando a la puerta de la celda.) ¡Esmeralda! ¡Esmeralda! ¡Esmeralda!

ESMER. (Dentro.) ¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí?

PEDRO ¿Qué quiero de ti? ¿No me conoces? ¡Soy yo! ¡Soy Gringoire!

ESMER. ¡Ah! ¡Gringoire! ¡Hermano mío! ¿Vienes solo?

PEDRO ¡Con Longuejone! Abre sin cuidado; tenemos que hablarte y el tiempo urge.

ESMER. Nada tengo que temer de vosotros. (Abre y sale a escena.)

PEDRO Gracias al cielo que vuelvo a verte, hermana mía.

ESMER. ¿Qué ocurre?

PEDRO Lo que nos temíamos. El Tribunal ha acudido al Parlamento para que autorice tu prisión doquiera se te encuentre, y el Parlamento ha accedido a ello.

ESMER. ¡Dios eterno!
PEDRO Por lo tanto ya no estás en sagrado, y hay que salir a toda costa de estos muros.
ESMER. No hay salvación para mí.
PEDRO ¡Quién sabe! Síguenos. Los de la Corte de los Milagros cierran el paso a los arqueros que vienen en tu busca... Pero la resistencia de los nuestros será corta... El tiempo de salvarte si nos sigues.
ESMER. Pero ¿cómo salir?
PEDRO Por este paso secreto.
LONG. ¡No vaciles! El vocerío aumenta... Los arqueros avanzan.
ESMER. No sé qué temor me embarga...
LONG. ¡Síguenos!
ESMER. ¡Oh! ¡No! ¡No!
LONG. Es necesario salvarla aun contra su voluntad.
PEDRO ¡Ven, Esmeralda!
ESMER. ¡No!
LONG. ¡Pues entonces, sujétala, Gringoire!
ESMER. (Dando voces.) ¡Cuasimodo! ¡Cuasimodo!
LONG. ¡Pronto!
PEDRO ¡Pero si no quiere!
LONG. ¡Yo me basto! (Se apodera de ella.) ¡Sígueme! (Vanse con Esmeralda por la puerta secreta.)

ESCENA VII

CLAUDIO, luego CUASIMODO, después JUAN y al fin CLOPIN conducido por dos truhanes

CLAUDIO ¡Por fin! Ese Gringoire no ha sospechado el lazo que le he tendido. ¡Ah Esmeralda!... ¡Esta noche serás mía, sin que haya que temer el acecho de Cuasimodo!
CUAS. (Dentro.) ¡Esmeralda! ¡Esmeralda!
CLAUDIO ¡Eh! ¿Qué le traerá aquí? ¡Oh! ¡Que no me vea! (Se oculta en el paso secreto.)
CUAS. (Más cerca, hasta que sale en escena.) ¡Esmeralda! ¡Esmeralda! ¡Ah! La celda abierta. ¡Esme-

ralda! En la capilla tal vez... ¡Oh! ¡Tampoco! ¡Dios mío! Habrá caído en poder de los arqueros... ¡Oh! ¡No es posible! Por aquí tal vez... ¡Esmeralda! ¡Esmeralda! (Vase por la derecha llamándola hasta que su voz se pierde a lo lejos. Vuelve a aparecer Claudio.)

CLAUDIO ¡Llámala! ¡Llámala! El pájaro ya voló. Su jaula de hierro será hoy la celda de Gudula, la reclusa de la plaza de la Grève. Esta mujer odia a los gitanos y servirá a mis planes. La llave de su celda... ¡No la olvidé! La traigo conmigo.

JUAN (Sale por la izquierda.) Gracias al diablo que te encuentro.

CLAUDIO ¡Tú! ¿Qué me quieres?

JUAN Poca cosa, hermano: quería...

CLAUDIO ¡Déjame en paz!

JUAN Es que no vengo por dinero... Seguí tu consejo, y no me falta.

CLAUDIO ¡Déjame, repito!

JUAN ¡Me hice truhán!

CLAUDIO ¡Miserable!

JUAN No se trata ahora de mí. Ven a ejercer con otro tu ministerio.

CLAUDIO ¿Mi ministerio? Acaba...

JUAN En la refriega, uno de mis camaradas, uno de los que hacían frente a los arqueros, ha sido gravemente herido y desea morir como buen cristiano.

CLAUDIO En Nuestra Señora hay otros clérigos. No me detengas y avísalos.

JUAN Es que ese moribundo conoció en otros tiempos al que decía llamarse Longueville.

CLAUDIO (¡Oh! ¡Rolland, sin duda!)

JUAN ¿Qué resuelves?

CLAUDIO Aquí le espero. (Sacan a Clopin herido a escena.)

JUAN ¡Míralo ya!

CLAUDIO Ahora despejad. Dejadnos solos. (Vánse Juan y los hampones que trajeron a Clopin.)

ESCENA VIII

CLAUDIO, CLOPIN, y al final CUASIMODO

CLAUDIO ¡Sí! ¡El es! ¡Suerte ha sido para mí el ser su confesor!

CLOPIN ¿En dónde estoy?

CLAUDIO En la celda de los suplicantes.

CLOPIN ¡Gracias, monseñor! ¡No sabéis de qué peso tan tremendo vais a aliviar mi conciencia!

CLAUDIO ¡No perdáis un instante! Abreviad.

CLOPIN ¿Me reconocéis?

CLAUDIO ¡Sí! Sois Rolland.

CLOPIN ¡Así me llamaban...! Mi nombre es Clopin. ¿Recordáis lo que de mí exigisteis?

CLAUDIO Lo recuerdo, sí.

CLOPIN Que robara a su madre el fruto de vuestro amor.

CLAUDIO ¡Seguid! ¡Seguid!

CLOPIN Con el auxilio de una tribu de gitanos logré mi intento; pero en descargo de mi conciencia debo deciros... ¡Oh! ¡No puedo!... ¡Yo expiro!

CLAUDIO ¡Calmaos! ¡Reponeos!

CLOPIN ¡Ya pasó! ¡Fuí un criminal! No sé cómo deciros...

CLAUDIO Ved en mí solamente al confesor, no a vuestro cómplice.

CLOPIN ¡Bien! ¡Sí! Vos abandonasteis a la que fué vuestra amante cuando estaba en cinta e ignorabais, por consiguiente, el sexo de la que nació...

CLAUDIO ¿De la que nació?...

CLOPIN Yo, codicioso, para quedarme con todo el oro que me ofrecisteis sin tener que dar parte a los demás, consentí en substituir vuestra hija por uno de los hijos de aquellos gitanos.

CLAUDIO ¿Substituir a mi hija? ¿Cambiarla?...

CLOPIN Sí.

CLAUDIO Así pues, Cuasimodo...

CLOPIN ¡No sois su padre! Vuestra hija... ¡Ah!... (No puede seguir hablando.)

CLAUDIO ¡Acaba! ¿Qué fué de ella?

CLOPIN ¡Ah! (Se esfuerza en continuar.)

CLAUDIO ¡Una palabra más! (Clopin hace otro esfuerzo y expira.) ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Y se lleva a la tumba su secreto! ¡Ah! ¡Execración a su memoria! ¡Llévese el infierno su alma condenada!

CUAS. (Apareciendo por la derecha.) ¡Rezad! ¡Rezad vuestras preces por este desgraciado! ¡Cumplid con vuestra misión de perdón y de paz! Yo, a este hombre le debo más que la vida... Le debo el saber que vos no sois mi padre... Ningún lazo nos liga ya. Queda rota la cadena de gratitud que a vos me unia. ¡Soy libre! ¡Libre hasta para mataros!

CLAUDIO ¡Cuasimodo!

CUAS. ¡Para arrancaros la vida! Ya no soy vuestro hijo.

TELÓN

FIN DEL ACTO SÈPTIMO



ACTO OCTAVO

La plaza de la Grève. Ha anochecido.

ESCENA PRIMERA

GUDULA en su celda. PEDRO GRINGOIRE, luego JUAN y BELLEVIGNE.

PEDRO ¡Por vida del... Ya me canso de esperar... El perdón ansiado no llega... El capitán no viene a la cita, como aseguró el clérigo... ¿Habrá sido eso sólo una estratagema para perder a Esmeralda...? Tanto interés en que nadie sepa que él nos indicó la manera de sacarla de Nuestra Señora... ¡Verdad que para ella no hay sagrado que valga!... Por fortuna nadie sabe donde se oculta, ¡ni lo sabrán, aunque me ahorquen! Pero si me acecharan... ¡Bah! Voy precavido, y les haría perder el rastro. Parece que alguien se acerca... ¡Alerta, Gringoire!

JUAN (Herido en un brazo y acompañado de Bellevigne.) ¡Malditos azares de la vida de truhán! ¡Si me prenden, esta herida me delatará y soy perdido! Andemos con cautela.

BELL. ¡No temas! Pronto estaremos en lugar seguro.

PEDRO ¡Son de los nuestros! Por ellos sabré... ¡Bellevigne! ¿Dónde vas?

BELL. ¡Ah! ¿Sois vos, Gringoire?

PEDRO ¿Qué le pasa a Juan? ¿Está herido?

BELL. No es cosa de cuidado.

JUAN Pero lo suficiente para dar con mi cuerpo en el Chatelet.

PEDRO ¿Dura aún la refriega?

JUAN ¡Poco queda que hacer! Los arqueros se salen con la suya. Todo lo husmean y registran; no dan con la prisionera, pero al fin...

BELL. Desgraciadamente, después de haber vertido nuestra sangre... Veníos con nosotros Gringoire; nada queda que hacer aquí.

PEDRO Pronto estaré con vosotros. Quiero ver antes cómo acaba eso... Se trata de mi mujer, y...

BELL. Y queréis despediros de ella al pie de la horca... ¡Ya es ocurrencia!

PEDRO Cada uno tiene las suyas.

JUAN Yo no puedo permanecer más aquí. (Voces y rumor de lucha.) ¿Oís? El vocerío aumenta. La lucha se encarniza... Si nos prenden...

PEDRO Poneos en salvo, pues.

JUAN ¡Adiós, Gringoire!

BELL ¡Adiós!

PEDRO Yo no me haré esperar. (Vanse Juan Frollo y Bellevigne.)

ESCENA II

GUDULA y PEDRO GRINGOIRE

PEDRO Ya no me queda duda que si no es por el clérigo todo habría acabado para la pobre Esmeralda. (Aumenta el rumor y el vocerío.) ¡No es mala jarana la que se arma!

GUD (Incorporándose en su lecho.) ¡Ese rumor!... Sin duda dieron con la gitana y van a ahorcarla. ¡Dios oyó mi ruego! ¡Verla ahorcar!... ¡Pero eso es poco aún! Yo quisiera ser árbitro de su vida... Que de mí dependiera su salvación, para poder entregarla yo misma al verdugo... Así se satisfacía mi rencor... Así vengaría, con la suya, la muerte de mi hija.

PEDRO ¡El rumor se aleja! Si duda acorralan a los truhanes hacia otra parte. Así podré esperar aquí sin cuidado.

GUD. ¡Eh! ¡Buen amigo! ¡Oid!

PEDRO ¡Calle! ¿Es a mí a quien llama la reclusa?
GUD. Decidme: ¿han preso otra vez a la gitana?
PEDRO ¿Prenderla otra vez? ¡Quiá! ¡Ni pensarlo!
GUD. ¡El demonio, su padre, la proteje!
PEDRO (¡Pues no me hace yerno del diablo!)
GUD. ¡Pero Dios es justo, y al fin darán con ella!
PEDRO ¡Puede ser! ¡Puede ser!... (¡Maldita bruja!)
GUD. ¡Gracias, buen amigo, gracias! Nada más deseaba saber.
PEDRO ¡Así se derrumbara sobre ti la torre Rolland! ¡Pero se acercan! ¡Un embozado! Sin duda es el capitán... Ocultémonos hasta saber... (Se oculta.)

ESCENA III

GUDULA, PEDRO GRINGOIRE y CLAUDIO

CLAUDIO (Después de examinar la escena a la luz de una linterna.) No ha acudido Gringoire a la cita. ¿Sospechar á demí? ¿Cómo no me espera ya con Esmeralda...? Quizás le hayan advertido...
PEDRO (Acercándose a Claudio.) ¡Capitán!
CLAUDIO ¡Gringoire!... ¡Tú!... ¿Y Esmeralda?
PEDRO ¡Ah! ¡Perdonad, señor! Creí...
CLAUDIO ¿Y Esmeralda? ¿Dónde está Esmeralda?
PEDRO Está en lugar seguro.
CLAUDIO ¿Por qué no te acompaña?
PEDRO Debemos proceder con cautela. Ella no saldrá de su escondrijo sin que el perdón del rey.
CLAUDIO ¿No te dije que...
PEDRO ¡Perdonad! Sería exponer a la tun tun la vida de Esmeralda.
CLAUDIO El capitán poco tardará en llegar.
PEDRO Ni ella en venir; el galán debe esperar a la dama.
CLAUDIO ¡Imbécil!
PEDRO Otros más imbéciles habrá que yo.
CLAUDIO ¡Va la vida de Esmeralda en ello!
PEDRO ¡Pues por eso! En fin, nuestra conversación es inútil, y si no tenéis más que decirme...
CLAUDIO ¡Quiero que venga aquí Esmeralda!... ¡Lo exijo!

PEDRO Como si no mandarais ni exigieseis nada.
CLAUDIO El rey otorgó ya su perdón.
PEDRO Así me lo dijisteis; pero, por lo visto, lo ignoran los arqueros; si cayese en su poder...
CLAUDIO ¿Quién se atrevería a oponerse a la voluntad real?
PEDRO No seré yo, seguramente; pero el teniente Tristán...
CLAUDIO ¡Imbécil!
PEDRO ¡Ahora acertáis! ¡Ese Tristán es un imbécil!
CLAUDIO ¡Acabemos! ¿Dudas de que el rey haya otorgado el perdón?
PEDRO ¡Vaya si lo dudo!
CLAUDIO ¡Pues mira! (Le enseña el pergamino firmado por el rey. Gringoire lo examina a la luz de la linterna.)
PEDRO ¡Empezarais por ahí! ¡Ah! Esto no admite réplica... Esto está en regla... ¡Y yo que dudaba aún.
CLAUDIO Vé, pues, y trae a Esmeralda contigo.
PEDRO Y vendrá monseñor... ¡Y yo que sospeché!... De fijo soy lo que habéis dicho que era el teniente.
CLAUDIO ¡Anda pues!
PEDRO ¡El perdón de Esmeralda!.. Se deberá a mí!
CLAUDIO ¡Pronto!
PEDRO ¡Voy! ¡Voy, monseñor! ¡De fijo soy un grande hombre! (Vase.)

ESCENA IV

CLAUDIO y GUDULA

CLAUDIO Prevengamos antes a la reclusa. (Saca una llave de la escarcela.) ¡Gudula! ¡Hermana Gudula!
GUD. (Esta voz...) ¿Quién me llama?
CLAUDIO ¡Nada temáis! ¡Soy yo! ¡Un sacerdote! (Abre la reja.)
GUD. ¡Oh! ¿Qué hacéis?
CLAUDIO Cumplir con mi ministerio. Debo oíros en confesión.
GUD. ¿En confesión?... Yo no he llamado al confesor...
CLAUDIO No os alarméis ni alcéis la voz. Nadie nos acecha, que es lo que importa.

GUD. ¡Salid de mi celda!... ¡Marchaos!
CLAUDIO Cuando se entra, sea donde sea, como yo aquí, no se sale sin lograr antes...
GUD. ¡Oh! ¿Qué queréis de mí?
CLAUDIO ¡Hablaros sin testigos!
GUD. ¡Oh! Vos no sois clérigo.
CLAUDIO ¡Lo soy! Nada temáis, puesto que a vos me liga...
GUD. ¿Qué?
CLAUDIO ¡El odio! ¡Vos odiáis, como yo!
GUD. Yo no sé odiar.
CLAUDIO ¡Odiáis a los gitanos!
GUD. ¡Oh! ¡A los gitanos, sí! Pero ellos...
CLAUDIO ¡No pretendo saber la causa! Me basta con que los odiéis.
GUD. Ni con cien vidas pagarían todo el mal que me causaron.
CLAUDIO ¿Tan grande fué?
GUD. ¡Oh! ¡no queráis saberlo! ¡No puedo decíroslo!
CLAUDIO ¿Ni en confesión?
GUD. ¡En confesión, sí! Pero ¿en realidad sois clérigo?
CLAUDIO Ya os dije que sí.
GUD. Entonces os lo diré todo... ¡Yo fuí madre! Fruto de un amor desventurado fué mi hija Inés. Una niña hermosa como el sol de Primavera. Yo era... No puedo decirlo... Mis labios se niegan a confesarlo.
CLAUDIO Seguid.
GUD. ¡Fuí muy culpable! El padre de mi hija era mi amante. Yo lo creí rendido y fiel; ¡pero era un miserable!
CLAUDIO Una historia de amor... Abreviad, hermana.
GUD. El vil me abandonó próxima a ser madre, cuando...
CLAUDIO Vamos a lo importante. ¿Qué fué de vuestra hija?
GUD. ¡Me la arebataron una noche!
CLAUDIO ¿Os la arrebataron? ¿Quién?
GUD. Unos gitanos.
CLAUDIO ¡Oh! ¡Qué rayo de luz! (Enfoca la linterna ilu-

minando el rostro de Gudula.) ¡La Chantefleuri!

GUD. ¿Sabéis mi nombre?... ¿Quién sois?

CLAUDIO ¡Decid! ¿Qué fué de vuestra hija?

GUD. ¡Oh! tanto interés... Vuestra voz... ¡No! ¡No me engaño! ¡Longueville! ¡El malvado Longueville!

CLAUDIO ¡No pretendo disculparme... pero hablaste de tu hija! ¡De nuestra hija! ¿Qué más supiste de ella?

GUD. ¿Qué más supe?... Lo que causó el tormento de mi vida.

CLAUDIO ¡Acaba!

GUD. Los gitanos que me la arrebataron desaparecieron de las cercanías de Reims; pero aquella noche había sido la del sábado, en que celebraron su Misa Negra.

CLAUDIO Me horrorizas.

GUD. ¿Y sabes cuál fué su víctima propiciatoria?

CLAUDIO ¡Oh! ¡Calla!

GUD. El ara ardía aún, y hallé entre las cenizas los huesos de una criatura carbonizados, y allí cerca un zapatito... ¡Un zapatito que yo habia bordado para nuestra hija!

CLAUDIO ¡Oh! ¡Maldición sobre ellos!

GUD. ¡Maldición, sí! ¡Que el fuego del cielo los abrase!

CLAUDIO Dime, Gudula: a poder elegir uno, entre los de esta execrable raza, en quien vengar la muerte de nuestra hija, ¿sabrías a quién elegir?

GUD. ¡Sí! ¡Elegiría a la gitana de la cabra!

CLAUDIO ¿A Esmeralda?

GUD. ¡Sí! Así la llaman.

CLAUDIO Yo la pondré en tus manos.

GUD. ¡Oh! Si tal hicieras, olvidaría todo el mal que me causaste.

CLAUDIO ¡Que muera, sí! Pero ¿oyes? Alguien se acerca... ¡Oh! ¡Si fuera ella...!

GUD. ¡Ella!

CLAUDIO La espero aquí. Pero, oigas lo que oigas, ¡ni un grito! ¡Ni una palabra! ¡Reza, si puedes, o finge rezar!

GUD. ¡Jura entregármela!
CLAUDIO ¡Sé lo que debo hacer! (Sale de la celda.)
GUD. ¡Gracias, Señor! ¡Oíste mi ruego! (De rodillas.)
CLAUDIO ¡Oh! ¡No tendré compasión! ¡O mía o de la horca! (Se emboza en su capa.)

ESCENA V

Dichos, PEDRO GRINGOIRE y ESMERALDA

PEDRO Llega sin temor. Él es, sin duda.
ESMER. ¿Febo?
PEDRO ¿Quién, si no?
ESMER. No sé por qué temo... No late mi corazón como otras veces.
PEDRO Antes veré... ¡Aguarda! (Se acerca a Claudio. Ha anochecido.) ¿Esperáis a alguien?
CLAUDIO ¡Sí! ¡A Esmeralda!
PEDRO ¿Vuestro nombre?
CLAUDIO Febo.
PEDRO Somos los que esperáis.
CLAUDIO ¿Y ella?
PEDRO Vino conmigo; está aquí.
CLAUDIO Pues déjanos solos.
PEDRO Pero...
CLAUDIO ¡Mil rayos!
PEDRO (¡No hay duda! ¡Es el capitán! ¡Jura como un arquero!) Ven, Esmeralda.
ESMER. ¿Es él?
PEDRO Sí, queda sin cuidado. (¡Salvé su vida! ¡Pagué mi deuda...! Es la primera que pago.)
ESMER. ¡Febo! ¡Mi Febo! (Vase.)
CLAUDIO ¡Siempre este nombre!
ESMER. ¡Ah! ¡Tú! ¡Bien sospechaba yo! (Intenta retirarse, pero Claudio la detiene.)
CLAUDIO ¡No! ¡No te irás! ¡Estás en mi poder! Una palabra, un grito, te entrega a la horca.
ESMER. ¡Ella me causa menos horror que tú!
CLAUDIO Oyeme por última vez. Te ofrezco la vida por una sola promesa de amor.
ESMER. Puedes llamar al verdugo, pero líbrame de tu presencia.
CLAUDIO ¡Yo no quiero que mueras! Una palabra

sola, no de amor, sino de gratitud, es lo que espero.

ESMER. ¡Eres un miserable! ¡Un asesino!

CLAUDIO ¡Un asesino, sí! ¡Pero tú serás mía! ¡O la tumba o mi lecho!

GUD. (Que ha oído estas palabras.) ¡Oh! ¡La quieres para ti...! ¿Quieres que se salve? ¡Ah! ¡No lo conseguirás!

ESMER. ¡Oh! Esa mujer...

GUD. (Llamando a los arqueros.) ¡Aquí! ¡A la gitana! ¡A la condenada! ¡Venid! ¡Está aquí!

CLAUDIO ¡Calla, Gudula!

GUD. ¡A la devoradora de niños! ¡A la hechicera! ¡A la maldita!

CLAUDIO ¡Decídete! (A Esmeralda.)

ESMER. Ya sabes que mi corazón late sólo por Febo.

CLAUDIO ¿Otra vez ese nombre...?

ESMER. ¡Siempre estará en mis labios!

CLAUDIO Pues tú lo quieres, ¡sea! ¡Muere!

ESMER. ¡Oh! ¡Socorro!

GUD. ¡Aquí! ¡A la sentenciada! (No ha cesado de gritar. Claudio arrastra a Esmeralda hasta la celda, y dice a Gudula.)

CLAUDIO ¡Aquí tienes a la gitana! ¡Acuérdate de tu hija!

GUD. ¡Oh, sí! ¡La vengaré!

CLAUDIO (Después de cerrar con llave la puerta de la celda.) Ahora, destruído el perdón del rey, voy a prevenir a los arqueros. (Vase estrujando la cédula real.)

ESCENA VI

GUDULA y ESMERALDA

ESMER. (Como si dudara de la realidad.) ¡Pero esto es un sueño! ¡Un sueño horrible!... ¡Oh, sí! ¡Dios no puede abandonarme?

GUD. (Contemplándola sonriendo, con el placer de la venganza.) ¡Dios, Dios! ¡Ja! ja! ja! ¡Vas a morir ahorcada! ¡Estás en mi poder!

ESMER. ¿Qué mal os hice? ¿Por qué me odiáis así?

GUD. ¡Eres hija deEgipto! ¡He aquí tu crimen!...

¿Sabes quién soy? ¿Cómo me llamaban en otros días?

ESMER. ¡Sí! ¡La Chantefleurí!

GUD. ¡La Chantefleurí, sí! Soy aquélla a quien los tuyos arrebataron su hija para devorarla... ¡Ah, madres gitanas! ¡Me vengo de todas vosotras!... ¡Yo también voy a devorar una hija vuestra!

ESMER. ¡Ah, señora! ¡Tenedme compasión! ¡No queráis que muera a vuestra vista de un modo tan horrible!... Sed compasiva... ¡Dejad que huya..., que me salve! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Yo no quiero morir así!

GUD. ¿No quieres morir así? Devuélveme entonces a mi hija... A mi Inés... ¿No puedes devolvérmela? Pues yo tampoco puedo salvar tu vida.

ESMER. ¡Oh! ¡Sois conmigo demasiado cruel!

GUD. ¡Eres hija de Egipto! ¡Hija de una raza abominable!

ESMER. ¿Y si no lo fuera? ¿Si fuese cristiana como vos, y como vos bautizada?

GUD. ¿Pretendes engañarme? ¡No! ¡No lo conseguirás! ¡A la horca! ¡A la horca!

ESMER. ¡Os digo la verdad! De no estar bautizada no llevaría pendiente de mi cuello una crucecita de oro.

GUD. ¿Una crucecita de oro?

ESMER. Sí; tal vez el único recuerdo de mi madre.

GUD. ¡Una cruz! ¡Oh, no! ¡No puede ser!... ¿Llevar tú contigo el signo de redención?... ¡Tú! ¡Una gitana!

ESMER. ¿Qué sé yo lo que soy? Pero ved la crucecita... (Se la enseña.)

GUD. Que yo la vea para que pueda creerte... ¡Para que no te aborrezca!

ESMER. ¡Miradla!

GUD. (Examinándola al fulgor de la lámpara.) ¡Oh, sí! ¡Esta es la que yo puse al cuello de mi hija!

ESMER. ¿De vuestra hija?

GUD. ¡Sí, pero esa no eres tú! ¡Mi hija murió!

Ella tenía en el cuello un lunarcillo... ¡Tú no lo tienes, no!

ESMER. ¿Un lunarcillo?... ¡Oh, sí! ¡Lo tengo!

GUD. ¡No! ¡Esto es un sueño! ¡Tú mi Inés! ¡La hija de mi vida! ¡Ah! ¡No!

ESMER. ¡Oh, madre mía!

GUD. ¡No! ¡No puede ser! Deja que me fije una vez más en tus facciones, que vea el lunarcillo... (Le mira el rostro a la luz de la lámpara.) ¡Oh! ¡No puedo dudarlo!... ¡El odio me cegaba! Tus facciones son las mismas de una hermana mía que murió a tu edad... ¡Sí! ¡Aquí está el lunarcillo! ¡Oh, hija! ¡Hija mía!

ESMER. ¡Madre! ¡Madre!

GUD. ¡Hija de mi alma! (Se confunden en un abrazo, y después de una pausa:) ¡Ah! ¡Ya tengo a mi hija! ¡Dios mío! ¡Me la devuelves tras tantos años de amargura, pero me la devuelves más hermosa!

ESMER. ¡Madre! ¡Madre!

GUD. ¡Ay! ¡La alegría no mata cuando yo no he muerto! (Rumor dentro.)

ESMER. Pero ese rumor... ¿Oís? ¡Ah! ¡Madre mía! ¡Salvadme! ¡Vienen por mí!

GUD. ¡Ay! Lo había olvidado. ¡Crueles! ¡Quieren asesinarte en mi presencia! ¡Dios no puede consentir tamaño crimen!

VOC. DENT. ¡Por aquí! ¡Por aquí!

ESMER. ¡Oh!

GUD. ¡No hay duda! ¡Ellos son! ¡Aun es tiempo! ¡Corre! ¡Sálvate!

ESMER. ¡Adiós, madre mía! ¡Adiós! (Va a salir, pero encuentra la reja cerrada.) ¡Ah! ¡La reja no cede!

GUD. Maldición sobre él! ¡Encerradas las dos!

ESMER. ¡Estoy perdida!

GUD. ¡Todavía no! ¡Quién sabe!... ¡Escóndete aquí! (En el interior de la celda.) ¡No te muevas! No respires apenas... Dios no nos abandonará... (Esmeralda se oculta.) ¡Oh! Ya era tiempo.

ESCENA VII

Dichos y arqueros; luego TRISTÁN y otros arqueros

ARQ. ¡Aquí estará! Oye, reclusa: te oyeron dar voces, y aseguran que tienes en tu poder a la maldita hechicera. Entréganosla y la ahorcaremos al punto.

GUD. No acierto a comprenderos... ¿Yo tener en mi poder a esa condenada?

ARQ. ¡En verdad que es increíble! Pero dijeron que pedías favor a los arqueros del rey.

GUD. Si no grité... Si no la he visto siquiera.

ARQ ¡Cuidado con mentir! Estos te oyeron.

GUD. ¡Sí, es verdad! Creí de momento que era ella, y...

ARQ. ¿Y quién era al fin?

GUD. Una joven que dejaron en mi poder, ¡pero no era ella, no!

ARQ ¿Y en dónde está?

GUD. ¿Dónde? ¡No lo sé! La tenía cogida del brazo a través de la reja, pero me dió un mordisco y tuve que soltarla. Nada más puedo deciros.

ARQ. ¿Por qué calle escapó?

GUD. Por la del Cordero, seguramente.

ARQ. ¡Corramos en su busca!

GUD. ¡Gracias, Dios mío!

ARQ. No se escapará esta vez. (Van a salir por la izquierda. Se presentan Tristán, el verdugo y más arqueros.)

TRISTÁN ¿A dónde vais? Es aquí donde se oculta la hechicera. Abrid la reja; ésta es la llave. (Entregándosela.)

GUD. ¡Oh! ¡Maldición!

TRISTÁN ¡Pronto! ¡Abrid!

GUD. ¡No está aquí! ¡No está aquí!

TRISTÁN ¡Yo mismo abriré!

GUD. ¡Atrás! ¡Nadie ose pasar del umbral!

TRISTÁN Entréganos la hechicera.

GUD. ¡No está aquí! ¡Se marchó!

TRISTÁN ¡Deja, pues, que me cerciore!

GUD. (Oponiéndose a su paso.) ¡Atrás!

TRISTÁN ¡Aparta! (Luchan, y Gudula muerde en la mano a

Tristán,) ¡Condenación! ¡Sangre en mi mano!

GUD. ¡No pasaréis!

TRISTÁN Tu obstinación la pierde. ¡Adelante! Esmeralda está aquí.

GUD. Yo la defenderé, porque es mi hija.

ARQ. ¡Su hija!

TRISTÁN ¡La maldita gitana ha hechizado a esa vieja! ¡Adentro de una vez! (Los arqueros y el verdugo penetran en la celda. Gudula lucha con ellos desesperadamente, saliendo al fin el verdugo llevando en brazos a Esmeralda.)

ESMER. ¡Madre mía! ¡Madre mía!

GUD. ¡Hija! ¡Hija de mi alma! (Intenta seguirlos, pero se oponen los arqueros.)

TRISTÁN ¡Ea! ¡Sujetadla! ¡Encerradla en su celda! (La encierran.)

GUD. ¡Hija! ¡Hija mía!

TRISTÁN ¡Grita, condenada! ¿No querías verla ahorcar? ¡Ahora se cumplen tus deseos! (Conducen a Esmeralda a la horca y preparan la ejecución.)

GUD. ¡Señor! ¡Dios clementísimo! ¡No permitáis que muera! ¡No me la quitéis, ahora que me la habéis devuelto!

ESCENA VIII

Dichos y CLAUDIO

CLAUDIO ¡Gudula! ¡Gudula!

GUD. ¡Ah! ¡Tú! ¡Maldito seas, parricida! ¡Esmeralda es mi Inés! ¡Es nuestra hija!

CLAUDIO ¡Nuestra hija! ¡Condenación! ¡Y he destruído yo el perdón del rey!

GUD ¡Maldición! ¡Maldición sobre ti! (Cae exánime.)

CLAUDIO ¡Fatalidad! ¡Fatalidad! (Han seguido los preparativos para la ejecución. La cuerda que pendía de la horca se ha puesto vibrante y oscila. Un murmullo anuncia la ejecución. Claudio Frollo, anonadado, aparta la vista de la horca con horror.)

MUTACIÓN

La torre del campanario. Puerta practicable a la izquierda, y al foro la salida a la plataforma que circunda la torre.

ESCENA ÚLTIMA

CLAUDIO FROLLO, luego CUASIMODO

CLAUDIO (Sale después de una pausa.) ¡Pude llegar al fin! Creí que iba a faltarme el aliento. Mis fuerzas se agotaban ya, huyendo de ese espectro que me persigue tenaz... Pronto brillará el sol. Con el día se desvanecerán esas quimeras que me torturan el alma. ¡Fatalidad!... ¡*Ananguí*! ¡En esta palabra griega se encierra todo el humano poema! ¡Miserable de mí! ¡Murió Esmeralda, mi hija! He sido yo su verdugo... ¿Qué me resta en el mundo? ¿Morir? ¡Morir, no! Nunca como ahora me aterró la muerte... Otra vez su sombra... Oigo su voz, que me grita: ¡Parricida! ¡Ah! Quisiera apartar los ojos de ese espectro, y no puedo... Temo que al volverlos... ¡Cuasimodo!

CUAS (Que ha salido por la plataforma.) ¡Llegó tu hora!

CLAUDIO ¡Oh!

CUAS. ¡Tu vida por la de Esmeralda! ¡Tú la entregaste al verdugo, y he jurado tu muerte!

CLAUDIO ¡Oh! ¡Piedad!

CUAS. ¿Piedad de ti? ¡Monstruo! ¡La que tuviste de ella, miserable! (Le acosa.)

CLAUDIO ¡Oh, socorro! ¡Favor!

CUAS. ¡Nadie oirá tus voces! La Providencia guió hasta aquí tus pasos como guió los míos. ¡Vas a morir! (Luchan; al fin Cuasimodo lo levanta en vilo, y por la plataforma lo arroja al espacio.)

CLAUDIO ¡Cuasimodo! ¡Cuasimodo! ¡Ah!

CUAS. ¡Por fin! ¡Dios dió fuerza a mis brazos! Ahora, a morir al lado de Esmeralda. La tumba de los ajusticiados será nuestro lecho nupcial. ¡Esmeralda es mía!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL
Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La Ola gigante
3. El señor Conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El Rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los Miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de Príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
    Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El Alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El Rey Lear
30. Espectros
31. Las Cigarras Hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la con-
35. Aurora ciencia
36. Eva
37. El Bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardena-
    ¡Justicia humana! les
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
    Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos fran-
48. El Místico cese
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El Barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los Reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París

Precio: DOS pesetas